



**UNIVERSIDAD DE ORIENTE
NÚCLEO DE SUCRE
ESCUELA DE HUMANIDADES Y EDUCACION
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**APROXIMACIÓN AL CARIBE ORIENTAL VENEZOLANO EN CLAVE
FORMATIVA: LITERATURA, NARRATIVA DE SÍ Y SUBJETIVIDAD DESDE
LAS NARRATIVAS DE ESMERALDA TORRES Y DORIS POREDA**

**TRABAJO DE INVESTIGACIÓN PARA ASCENDER A LA CATEGORÍA
ASOCIADO**

AUTORA:

Dra. Carolina Lista Coraspe

Cumaná, Mayo de 2023

DEDICATORIA

A Dios, creador.

A la literatura, un lugar para vivir.

AGRADECIMIENTO

A Doris Poreda, quien mantuvo encendida la hoguera del amor por la literatura, atizando con palabras llenas de experiencia y vida mi formación lectora.

A Esmeralda Torres, quien hiló un imaginario de palabras para nombrar un espacio de identidad literaria, por darle cuerpo y metáfora a mi identidad lectora.

A Carolina Velásquez, presencia lúcida, firme y constante en todos los caminos de la Academia y de la vida.

RESUMEN

Leer en clave formativa la producción narrativa de Doris Poreda y Esmeralda Torres es el interés principal de la presente investigación. Para ello, desde una visión transdisciplinaria que dialoga con las categorías formación, literatura, subjetividad y narrativa de sí, se abordará las especificidades constitutivas del corpus narrativo de estas autoras que dan cuenta de un imaginario literario del Caribe Oriental Venezolano. Se asumirá la literatura como trans-saber, es decir, como acontecimiento de alteridad y palabra-promesa de la formación. Desde estos espacios discursivos emergentes, el ejercicio hermenéutico- crítico proporcionará el piso teórico-crítico desde el cual se reflexionará sobre la lectura en clave formativa del sujeto lector como intérprete del mundo que le es referente. Asimismo, se propondrán algunos fundamentos teóricos para la configuración de un imaginario caribeño oriental venezolano. Finalmente, tendrá lugar la lectura, en clave formativa, de un corpus narrativo (2009-2021), de las escritoras ya mencionadas, que dará cuenta de un imaginario literario caribeño oriental venezolano, atravesado por una *narrativa de sí* articulada desde una experiencia vital de apropiación literaria del oriente caribeño venezolano.

Palabras claves: Formación, Literatura, Subjetividad, Narrativa, Narrativa de sí, Caribe Oriental Venezolano.

ÍNDICE

DEDICATORIA	I
AGRADECIMIENTO	II
RESUMEN	III
INTRODUCCIÓN	1
CAPITULO I	5
LA LITERATURA EN EL MARCO DE LA RAZÓN SENSIBLE: FORMACIÓN, LITERATURA, SUBJETIVIDAD Y NARRATIVA DE SÍ COMO CLAVES DIALÓGICAS PARA UNA LECTURA FORMATIVA.....	5
Formación: un espacio para el encuentro de subjetividades	5
Literatura como una experiencia en clave formativa	11
Subjetividad en clave formativa.....	15
Narrativa de sí	18
La literatura como acontecimiento de alteridad	27
Leer en clave formativa, la literatura como palabra-promesa	30
CAPITULO II	35
APUNTES PARA PENSAR UN IMAGINARIO LITERARIO DEL CARIBE ORIENTAL VENEZOLANO	35
Sobre la noción de imaginario.....	35
Sobre el Caribe Oriental Venezolano: las coordenadas geográficas de un espacio identitario	39
Metáforas del Mar Caribe	41
Sobre las subjetividades caribeñas contemporáneas	43
CAPITULO III	46
EL CARIBE ES UNA VEREDA SIN SALIDA AL MAR: SUBJETIVIDADES, OTREDAD Y DIFERENCIAS EN LA NARRATIVA DE DORIS POREDA	46
El Caribe es el otro: las voces que enuncian la diferencia	46
El mar es una metáfora de lo insondable.....	50
EL CARIBE ORIENTAL VENEZOLANO EN LA NARRATIVA DE ESMERALDA TORRES: LOS RELATOS DE LA CIUDAD TRAMPA, DESTINOS SIN SALIDA AL MAR.....	53
Los relatos de la ciudad trampa	53
Destinos sin salida al mar	63
BIBLIOGRAFÍA.....	66
METADATOS	70
CADEVALI28@GMAIL.COM	70

INTRODUCCIÓN

Uno de los imperativos formativos del actual mapa cultural académico mundial, es saber leer o interpretar las coordenadas identitarias de los sujetos como intérpretes culturales de su tiempo. En este orden de ideas, la literatura asumida como *trans- saber*¹ ofrece la posibilidad de leer en clave formativa y, con ello, la posibilidad de ejercer la lectura como un acto de libertad, fuera del ámbito pedagógico y dentro del viaje constitutivo de la formación.

Leer en clave formativa supone una condición de responsabilidad del sujeto para consigo mismo, un compromiso ético con su porvenir, una disposición orientada a la exploración de la subjetividad que le es inherente y desde la cual habrá de elaborar su propia comprensión de la realidad. Así, en el proceso formativo tanto la responsabilidad como la comprensión tienden un puente con la literatura como práctica cultural y en un sentido mucho más amplio que el pensado para ella en el ámbito educativo desde la lectura y la escritura.

Vista así, la lectura constituye una práctica de la subjetividad y del espíritu que, como tal, remite a la experiencia de vida del sujeto. Por esta razón, podemos hablar de *lectura formativa*. En este sentido, dado que los discursos sobre la formación lo son también sobre la experiencia y la

¹ Según Lista (2017), en su tesis doctoral titulada *Formación y Literatura: hacia una pedagogía del reconocimiento desde la narrativa de sí*, asumir la literatura como *trans-saber* es asumirla desde una mirada transdisciplinaria: “nos estamos refiriendo a aquellos saberes que exigen una disposición a mirar el mundo lo transdisciplinario, desde una ética del diálogo que permita aflorar lo relacional para la construcción de nuevos conocimientos” (4).

apropiación que acontecen al sujeto en un tiempo y espacios únicos, la literatura para albergar la lectura formativa debe ser un campo de despliegue de lo sensible, es decir, articular espacios de subjetividad en los que tenga lugar el encuentro, la experiencia y la comunicación sensible. Si la aprehensión de una lógica de sentido sensible supone también el despliegue de un campo de subjetividades e intersubjetividades, así como el rescate de la experiencia de apropiación literaria; entonces, la *lectura formativa* acoge las posibilidades de constitución del lector, como sujeto, en la búsqueda de sí mismo, no es otra que aquella que se concreta de cara a un otro, en alteridad.

Por ello, en el marco de la presente investigación, la emergencia de espacios discursivos atravesados por la transdisciplinariedad, proporcionará un piso teórico cuyo propósito académico será integrar la dimensión formativa de la literatura, para así abordar la lectura como práctica de formación y con el propósito de ir más allá de los cánones pedagógicos habituales que le han sido adjudicados en el discurso de la Modernidad. Para ello, el espacio dialógico entre formación, literatura, subjetividad y narrativa supone un terreno fecundo para pensar la experiencia de apropiación literaria no solo del sujeto académico que lee obras literarias sino del lector común o promedio cuyo encuentro con los textos es equivalente a su diálogo con el mundo. En suma, el ejercicio hermenéutico crítico estará en función de reafirmar las posibilidades formativas de la literatura como trans-saber, que exigen del lector -académico o no-, una sensibilidad cultural como intérprete del mundo que le es referente.

En cuanto al corpus seleccionado para dar cuerpo a una lectura en clave formativa, debemos señalar que fue articulado en función de abordar un imaginario literario, pensado como un espacio identitario cultural como lo es el Caribe Oriental venezolano. Dicho corpus está conformado por una selección libre de la producción narrativa de las escritoras Doris Poreda y Esmeralda Torres, que va desde el año 2010 al 2021. Las mencionadas autoras cuentan con una trayectoria reconocida y premiada en el ámbito literario venezolano. Desde nuestra apreciación, sus relatos se encuentran atravesados por una *narrativa de sí* articulada desde una experiencia vital de apropiación literaria del oriente caribeño venezolano: metáforas del mar, la ciudad “marinera” como escenario de la decadencia y la soledad que transitan los intersticios y los recovecos de una narrativa del fracaso. Esta última, como elemento de la condición humana presente en las subjetividades contemporáneas de los personajes- habitantes que cobran vida y, a veces muerte, en los relatos.

En atención a lo anteriormente descrito, la presente investigación se articulará de la siguiente manera:

En el capítulo I, se abordará a la literatura en el marco de la razón sensible, como acontecimiento de alteridad, trans-saber y palabra-promesa de la formación. El diálogo categorial entre formación, literatura, narrativa y subjetividad permitirá el ejercicio hermenéutico para reflexionar en torno a los alcances de la *lectura en clave formativa* en el clima cultural contemporáneo.

En el capítulo II, se abordarán algunos fundamentos de la construcción de un imaginario literario del Oriente Caribeño venezolano con el fin de configurar un espacio multidisciplinario de posibilidades para la lectura formativa de la *narrativa de sí* de Doris Poreda y Esmeralda Torres.

Finalmente, en el capítulo III, se concretará una lectura formativa del corpus siguiente: “Tranká Serrutcho” (2009), “El tapiz de Lötzen” (2013) “Camino a Schlaraffenland” (2013), “Las voces del agua.Lo que dice Mutti” (2013), “ Tagebuch: el último de los dioses” (2013), “Flüchtlinge” (2013),y “Dioses marinos, sirenas y piratas” (2013), de Doris Poreda. Asimismo, se leerán los relatos: “Espérame en Venecia (2010), “El canto de la salamandra”, “Para que chepa sepa que la queremos” (2011), “Vigilia (2011), “El río” (2011), “Mala Espina” (2011) “Viajera del Mar” (2011), “Juegos de la memoria”, (2019), “Fin de juego” (2019), “El mismo mar contra la noche” (2021).

CAPITULO I

LA LITERATURA EN EL MARCO DE LA RAZÓN SENSIBLE: FORMACIÓN, LITERATURA, SUBJETIVIDAD Y NARRATIVA DE SÍ COMO CLAVES DIALÓGICAS PARA UNA LECTURA FORMATIVA

Pensar la literatura en el marco de la razón sensible, es decir, como trans-saber, acontecimiento de alteridad y palabra-promesa de la formación, exige abordar el diálogo categorial entre formación, literatura, subjetividad, narrativa y *narrativa de sí*. Esto permitirá el ejercicio hermenéutico necesario para reflexionar en torno a los alcances de la lectura *en clave formativa*.

Formación: un espacio para el encuentro de subjetividades

Uno de los aportes fundamentales de la Filosofía a los diversos campos de conocimiento, es el concepto de Formación. Éste, siendo subsidiario de la *Bildung* alemana, ha permeado la noción de la literatura y ha dado lugar a un amplio debate interdisciplinario. Algunos autores claves por cuanto sus contribuciones direccionan la mirada investigativa sobre la Formación, son: Kant, Hegel y Gadamer. Éste último destaca la vinculación del concepto de Formación al de Cultura, cuyo rastro puede seguirse desde Herder como “ascenso a la humanidad”, y sigue acuñándose en la propuesta kantiana como obligación o deber ser para sí mismo del hombre, y finalmente, en Hegel como “ascenso a la generalidad” y tarea humana. Dicha concepción le da centralidad

a la actividad humana en los procesos de formación y es justamente este rasgo lo que permite el debate en los espacios de la literatura.

La visión hegeliana de la formación nos habla de un ascenso a lo universal, que debe entenderse a la luz del Libro VII de la República de Platón (1980), es decir, como un cultivo de sus disposiciones y capacidades naturales del hombre a través del trabajo. Así, el espíritu debe ascender y trascender su primera naturaleza. Esta superación de sí, con y a través de las cosas, permite una liberación de las limitaciones materiales que, en suma, lleva a la sublimación del alma. Como conquista de sí, en la formación, el hombre ha de ganarse a sí mismo. En este ideal platónico también cobra relevancia la idea de dirigir la mirada como condición para adquirir conocimiento. Educar la mirada es un propósito formativo, necesario para conocer:

[...] cada cual tiene en su alma la facultad de aprender mediante un órgano destinado a este fin; que todo el secreto consiste en llevar este órgano, y con él el alma toda, de la vista de lo que nace a la contemplación de lo que es, hasta que pueda fijar la mirada en lo más luminoso que hay en el ser mismo [...] p. 314).

Asimismo, el ideal platónico sostiene que las demás virtudes del alma pueden adquirirse por la educación y la cultura si no se han obtenido a través de la naturaleza. Se puede concluir que, el saber como facultad humana, sólo es posible si se direcciona la mirada que se le da al conocimiento.

Lo anterior implica una direccionalidad que, según Gadamer, ya está presente en Herder como precursor de la noción de Formación, pero es enriquecida por Schlegel para quien la formación involucra el descubrimiento

de una fuerza creadora que impulsa el ascenso a un estadio superior de la condición humana. La formación viene siendo así un propósito humano en el mundo. En Gadamer (1999), se vincula la formación a la cultura, y ésta como “modo específicamente humano de dar forma a las disposiciones y capacidades naturales del hombre” (39). Este cultivo de una disposición implica la emergencia de una autoconciencia, un sentido de sí mismo que adquiere el hombre cuando se define ante los otros, es decir cuando se ve atravesado por la experiencia de la alteridad

La noción gadameriana de formación en diálogo con la noción de cultura recoge los aportes significativos de una serie de autores cuyo interés principal fue pensar cómo el hombre alcanzaba su trascendencia en el ejercicio de su vida social. En este sentido, Gadamer incorpora de Herder la idea de la formación como “el modo humano de dar forma a las disposiciones y capacidades del hombre” (Idem.), y en la cual ve la fusión del pensamiento hegeliano y del pensamiento kantiano en la necesidad en el hombre de darse forma a sí mismo. En esta concepción, la formación se encuentra estrechamente vinculada con la cultura.

Sin embargo, es en el planteamiento formativo de Humboldt que Gadamer advierte que formación y cultura no son equivalentes por cuanto lo que se entiende como formación trasciende el objetivo de adquirir un objetivo o una capacidad y posee carácter inacabado al asumirse como constante desarrollo y progresión. En este punto, se afina la influencia hegeliana ya que Gadamer sigue la tesis de que el trabajo formativo es uno que va incorporando

según su necesidad espiritual una dimensión práctica, en la cual el hombre se atribuye a sí mismo una generalidad; y otra teórica, en la cual acepta la validez de otros puntos de vista y tolera otras formas de conocer las cosas. En el proceso formativo, tanto lo práctico como lo teórico, apuntan hacia un devenir espiritual que se manifiesta como una conciencia capaz de abrirse hacia todas las direcciones y alcanzar un sentido general.

La formación como un sentido general es un elemento que Gadamer incorpora también de autores como Helmholtz (el concepto de tacto como un sentido de la pertinencia en la expresión que amerita una conciencia estética y una conciencia histórica manifestadas como un saber social), Vico (el *sensus communis* y la elocuencia como expresiones del sentido común aristotélico que no es dado a todos los hombres sino adquirido por la comunidad de vida), Shaftesbury (virtud social que incluye el humor como rasgo del hombre solidario) y finalmente, de Berson cuyo *bons sens* es adquirido desde el estudio de los clásicos como portadores de una autoridad que se respeta porque es reconocida por sí misma, como resultado de un sentido del deber ser moral y político.

Desde nuestro punto de vista, la importancia de esta incorporación del concepto de *sentido común*, como manifestación de una conciencia estética y una conciencia histórica, radica en que permite pensar la formación en clave de alteridad ya que el concepto de sentido común es uno que involucra no sólo al hombre en su individualidad sino en condición de convivencia, en ejercicio de sus virtudes sociales. Esta dinámica, plena de subjetividades que interactúan,

es la esencia de la lectura en clave formativa: *leer se convierte en un ejercicio de alteridad constitutiva y constituyente del sujeto* (cursivas nuestras).

La experiencia de alteridad contenida en la formación da cuenta de la triple articulación de la Bildung, la Filosofía y la Literatura en la historia del pensamiento occidental. Al respecto, Larrosa (2000), señala que “la idea que subyace al relato del proceso temporal por el cual un individuo singular alcanza su propia forma, constituye su propia identidad, configura su particular humanidad, o en definitiva, se convierte en el que es” (p.92).

Según Larrosa, la Bildung como relato incorpora un tiempo reflexivo que permite un ejercicio dialéctico propicio para la emergencia de una autoconciencia. La misma apropiación de Nietzsche de la frase de Píndaro da cuenta de un eco que cuenta, que dice y cada vez dice de una forma diferente porque cobra nuevos sentidos al ser reescrita. Esta apropiación incesante es un estallido que, a su vez, Larrosa tomará para armar su relato sobre y de formación.

Como lugares discursivos, la Filosofía y la Bildungroman -expresión literaria de la formación- han interrogado a la idea misma de la formación en su historicidad por cuanto han cuestionado la cultura y sus instituciones, sobre la manera en que el hombre conoce y los fines de ese conocimiento, y también a la conciencia que emerge como dispositivo de subjetividad. Todo ese movimiento formativo lo es también de la experiencia.

Así, desde la alteridad, la formación adquiere una dirección común que trasciende la individualidad y se proyecta hacia la generalidad espiritual como ideal humano, momento intelectual en el que es posible hablar de formación como tarea educativa, es decir, como Bildung. Esta idea es fundamental para pensar la literatura dentro y fuera de los espacios pedagógicos, es decir, más allá de su enseñanza y su enseñabilidad pero sin dejar de lado su potencial formativo. Como heredera de la Paideia griega, la noción de Bildung conforma el repertorio occidental que piensa la formación del hombre. Según Rebok (2008), los dos aportes fundamentales de la filosofía al pensamiento de la educación son la paideia griega y la bildung alemana. En efecto, la Paideia griega es un concepto considerado intraducible por su complejidad semántica y que, de manera deficiente, se ha sustituido por otros términos de naturaleza formativa como cultura, civilización, literatura o educación. Estas últimas, aluden parcialmente a su riqueza conceptual y no existe palabra que logre integrarla y dar cuenta de la potencia humanística y creadora que contiene para modelar al zoon politikon o al ser político que, en esencia, es un sujeto cuyo campo de formación es la cultura misma.

Señala Rebok, que Heidegger, en *su Carta sobre el humanismo*, relaciona la Bildung sólo con el humanismo histórico en sus tres formas: el romano, de la época de Augusto, el renacentista y el tercer humanismo o neohumanismo de la Ilustración alemana, siendo este último el escenario histórico de Herder, Humboldt y Goethe. La Bildung alemana tiene su origen en la mística tardomedieval con Meister Eckhart y la influencia de sus teorías

místicas en los grandes maestros del idealismo y romanticismo alemán, como Fichte, Schelling y Hegel. Según el maestro dominico Eckhart, la necesidad humana de formación obedece a la unión mística producto de la acción del Espíritu Santo en la búsqueda de su habitáculo en el alma humana. El hombre posee el recuerdo de una Imago Dei, una imagen interior que le impele a buscar una forma y es la propulsora de la búsqueda de perfección:

Ese poder formador y transformador pasa a ser la posibilidad más genuina de la subjetividad bajo el influjo del arte clásico y romántico alemán, con su fundamento en el idealismo. En un sentido estricto, la Bildung es la moderna heredera de la paidea griega en la etapa histórica que va desde 1770 a 1840, y que es la cuna de nuestra época contemporánea. Vale decir que es aquel giro de la modernidad [...] que la consuma y trasciende (182).

Este señalamiento sobre la Bildung, aclara la razón etimológica en virtud de la cual el concepto abarca la cultura, la lengua y la literatura griega como coordenadas de un ideal de formación fundamentado en una educación estética que privilegia una competencia filológica como capacidad de formar a partir de la imaginación, revelando así la libertad creadora del hombre. Este ideal formativo se concretará especialmente en la música y la poesía del Romanticismo y más aún, bajo la forma de la Bildungsroman o novela de formación. En consecuencia, la tarea formativa encuentra en la literatura un espacio privilegiado que dialoga con la cultura.

Literatura como una experiencia en clave formativa

La experiencia de la literatura, después de lo que se ha considerado un quiebre epistémico de la modernidad, ha interrogado a la Bildung como relato de formación y como ideal pedagógico, pero también con esto se ha incorporado un valor estético que atiende al diálogo con la cultura. De allí que tal y como sucede con el concepto de formación, la noción de literatura se ha visto interpelada en función del vínculo que ha logrado establecer con la cultura de cada época y, por ende, con la reconfiguración de los saberes y las luchas por la autonomización de las disciplinas y la emergencia de nuevos sujetos y discursos identitarios que determinan su complejidad.

En este orden de ideas, es importante considerar el contexto de la modernidad y sus diversas lecturas a partir del quiebre epistémico ya que es justamente en este período en el que la literatura inicia su diálogo formal con la pedagogía y adquiere un estatus institucional determinante en las prácticas culturales asociadas a la literatura, especialmente en el caso de la lectura.

Desde una perspectiva institucional, en la Modernidad, la literatura asume el cambio de un modelo de racionalidad a otro, manifestando en la realidad social el paso del universalismo que reivindicaba lo homogéneo, a la fragmentación y a la heterogeneidad como signos del quiebre epistémico con el espíritu clásico. En consecuencia, su manifestación más tangible en lo real social nos remite al campo literario de Bourdieu (1984), en el cual la literatura se materializa en forma de libros y revistas que entran al mercado convirtiéndose en capital económico, no sólo para el productor sino para todos los agentes que intervienen en la publicación (editores, librerías).

Este microcosmos literario de Bourdieu es una mirada desde el ejercicio del poder y la dinámica relacional de los agentes que participan en ella, movilizándolo su capital simbólico, económico y cultural. Desde esta perspectiva, la literatura es asumida como producción y práctica cultural en el marco de un espacio de posibilidades, donde lo real es lo relacional y es en este punto donde el reconocimiento es formación acumulada como bienes simbólicos e instaura una cultura textualista, centrada en la obra como protagonista de la lectura, los lectores y los grupos sociales inherentes a ella como práctica cultural. De allí, la proliferación de los círculos literarios, las tertulias, por un lado; y por el otro, las manifestaciones masificadas: la prensa, el periodismo y toda la tensión dialéctica que incorpora con su masificación en este contexto. Podría afirmarse que la tarea formativa de la literatura estuvo al servicio de la configuración social de las subjetividades de la época.

Con Bordieu, afloran las manifestaciones concretas del campo literario en lo real social desde el punto de vista institucional. Lo que sí está claro que la comprensión de lo literario y su valoración estética no escapan del contexto histórico. Cabe preguntarse entonces cómo desde cierta idea de la modernidad que ha concedido preeminencia lo racional, se ha intentado comprender la literatura desde criterios estéticos atravesados bajo el signo de lo ruptural; esto es; en el marco de una vasta tradición reflexiva que relaciona la filosofía y la literatura frente al clasicismo.

Asumimos que cierta comprensión moderna de la literatura la ha ligado a la estética y sitúa ambas nociones en el campo de la experiencia y el

conocimiento sensible. La defensa de los valores estéticos en la modernidad será la premisa para entender las especificidades de la literatura y su ambición de autonomía. La diferencia, el cambio y la heterogeneidad confieren novedad a la literatura moderna. Además, la concepción moderna de la literatura da cuenta de una búsqueda de identidad y libertad. La literatura adquiere así un elemento configurador de subjetividades en el campo cultural.

No hay que perder de vista que la noción moderna de la literatura nos habla de la institucionalización de la misma y, gracias a su aparición en la institución educativa, la literatura comienza a demostrar su funcionalidad como instrumento de identidad sociopolítica y adquirirá gran relevancia por ello en el ámbito institucional. Con este nuevo estatus, se convertirá en objeto de estudio en la universidad y en la enseñanza media. Como herramienta de diseño de la identidad nacional y como objeto de estudio en la institución educativa, la literatura direccionó su comprensión social como fenómeno estético y determinó la naturaleza de ciertas prácticas culturales estrechamente ligadas a ella como la escritura y la lectura.

En consecuencia, para comprender la razón por la cual la lectura adquirió un estatus casi exclusivamente pedagógico es preciso revisar el origen y pertinencia de la institucionalización de la literatura y sus alcances sociopolíticos y, sobre todo, incorporar su dimensión estética en el entendido de que ésta no opera ajena a otros ámbitos de definición de la cultura. Por ello, las manifestaciones actuales de la literatura nos hablan de cómo se está pensando el mundo al mismo tiempo que nos hablan de ella misma. Quizá sea

éste el valor estético de la literatura contemporánea: poder hablar de sí misma y permitir el diálogo intersubjetivo a través de la lectura formativa.

Subjetividad en clave formativa

Otra categoría fundamental para comprender la dimensión formativa de la lectura es la subjetividad. Aunque inicialmente, la subjetividad fue definida en oposición a la objetividad y, por ende, subestimada como noción científica, al ser abordada desde una mirada transdisciplinaria, se ha redefinido para explicar la experiencia humana de las actividades del sujeto social. En este sentido, la subjetividad es fundamental para comprender las relaciones humanas que dinamizan la lectura formativa como una práctica social pero también de naturaleza íntima. En la lectura *en clave formativa*, subyace la experiencia de apropiación literaria de cada lector. En esta actividad humana, reside la posibilidad dialógica que tiene la literatura de configurar subjetividades a través del viaje de formación.

Aunque hoy en día la noción de subjetividad ha asistido a un sin número de resignificaciones multidisciplinares, nos interesa considerar las perspectivas de autores como Cruz, Vilar, Birulés y González ya que dan cuenta de la complejidad filosófica de esta categoría, la cual ha sido relegada en determinados momentos históricos y reivindicada en tantos otros, en función de su aspecto relacional, es decir, del posicionamiento del sujeto ante su realidad social. En este sentido, Cruz (1996) señala que lo que conocemos por subjetividad no es más que la suma de varios discursos que apuestan por

cierta posición del sujeto ante la realidad social. La subjetividad es una posibilidad discursiva que ha evolucionado recategorizando al sujeto según los imperativos filosóficos de cada época y, desde luego, de cada disciplina. Por esta razón, asumir esta categoría es también asumir cierta discursividad en la historia del pensamiento contemporáneo que privilegia la posibilidad de enunciar las diferencias.

Entre las voces que asumen esta discursividad, Vilard (1996) sostiene que, en la historia del pensamiento, la subjetividad como categoría ha demandado que el sujeto moderno y el postmoderno se posicione ante la incertidumbre para constituirse desde lo relacional. Para este autor, a lo largo del siglo XX, las posibilidades de constitución del sujeto pasaban por variaciones de autonomía ante el mundo externo pero todas atendían a la supremacía de una normativa. Así, distingue tres momentos de la subjetividad normativa: 1) Vía de la constitución narrativa, cuyo máximo exponente es Montaigne; 2) Individualismo posesivo, representado por Hobbes y Locke; 3) Universalismo de la Conciencia, a la luz de Rosseau y Kant. Dichas vertientes han definido al sujeto en cuanto a sus posibilidades de constitución, autonomía y libertad, dentro y fuera de la sociedad, centrado o descentrado, pero siempre sujeto a su experiencia histórica.

Si la identidad del sujeto está dada por la comprensión de su tiempo y la apropiación que pueda hacer de sus circunstancias, entonces, al decir de Birulés (1996), puede hablarse de un “tiempo de subjetividad”. Esta autora plantea que el discurso acerca de la subjetividad exige también interrogarse

sobre lo que se considera contemporáneo para el sujeto. Asimismo, ante la incertidumbre del mundo y la pluralidad cultural es vital tomar en cuenta que el discurso sobre lo humano debe atender lo diferente. En este sentido, Birulés afirma que la emergencia de la singularidad del sujeto, su diferencia ante el otro pide atender lo constitutivo desde lo relacional y desde las diversas formas de hacer de la cultura.

En este orden de ideas, la identidad del sujeto ante una realidad social que lo desborda por su diversidad es posible si la experiencia de lo vivido se aprehende desde la pregunta. Un sujeto en interrogación permanente del mundo puede aspirar a un referente, en tiempos de imposibilidad de adquirir una memoria que le suponga una tradición ante la cual constituirse. Si hablar de subjetividad es hablar de un tiempo aprehensible desde la pregunta y desde lo relacional, entonces la lectura en *clave formativa* puede considerarse como una práctica constitutiva de “un tiempo de subjetividad”.

Ahora bien, dado que lo relacional constitutivo de la subjetividad pide atender la alteridad en el marco de lo real social, cabe incorporar el planteamiento de Gonzalez (2008), quien introduce el concepto de *sentido subjetivo* para darle amplitud a la dinámica relacional que acontece entre lo social y lo individual en el marco de la cultura para señalar lo siguiente:

La organización de las configuraciones subjetivas individuales representa una verdadera producción sobre una experiencia vivida, en la cual el estado actual del sistema, el contexto y los desdoblamientos de la acción de la persona son inseparables. Las configuraciones subjetivas representan sistemas dinámicos y en desarrollo, pero que expresan la organización de la

subjetividad en su devenir histórico. Todo el material simbólico y emocional que constituye los sentidos subjetivos se produce en la experiencia de vida de la personas, pero no como operaciones que se interiorizan, sino como producciones que resultan de la confrontación e interrelación entre las configuraciones subjetivas de los sujetos individuales implicados en un campo de actividad social y los sentidos subjetivos que emergen de las acciones y procesos vividos por esos sujetos en esos espacios, que son inseparables de las configuraciones de la subjetividad social en la cual cada espacio de vida social está integrado (p.234).

Según lo planteado en la cita anterior, la experiencia del sujeto se constituye en alteridad y con relación a un espacio de vida social que influye en dicha experiencia. Esto es, una experiencia sensorial y estética que comulga en reconocimiento de lugares comunes que, en el caso de la lectura en *clave formativa*, reúne las subjetividades en diálogo gracias a la experiencia de un imaginario común, como veremos más adelante en el transcurso de la presente investigación.

Narrativa de sí

Otra categoría importante con las que nos interesa dialogar en este espacio discursivo es la de *narrativa de sí*.² Si la literatura como experiencia de apropiación del mundo se fundamenta en la voluntad de narrarse a sí mismo del sujeto y de encontrarse con los otros, podemos asumir que la lectura es un espacio de subjetividades emergencia en el que acontece la identidad narrativa. La literatura es un viaje constituyente que, al decir de

² La categoría "Narrativa de sí" forma parte de la propuesta teórica de Lista (2007), en su tesis doctoral titulada: *Formación y Literatura: hacia una pedagogía del reconocimiento desde la narrativa de sí*.

Larrosa, se fragua desde la intención de “darse sentido a sí mismo” y obedece a una necesidad de narrarse o interpretarse, hilvanando lo que nosotros llamaremos “narrativa de sí”. La categoría *narrativa de sí* recoge las propuestas de Paul Ricoeur sobre la identidad narrativa y el sí mismo. También incorpora la noción de *experiencia* por cuanto será capital para la comprensión de que hemos denominado “experiencia de apropiación literaria”, elemento constituyente de la *narrativa de sí*.

Las lecturas disciplinarias del concepto de **narrativa** lo han vinculado tradicionalmente al campo literario y del lenguaje mismo, gracias a las contribuciones de la teoría estructuralista que la han considerado como una condición subyacente de cualquier tipo de discurso. Entre los aportes teóricos más destacados figuran los de Roland Barthes (1969) quien, desde el estructuralismo aborda la naturaleza del discurso histórico y llega a la conclusión de que en éste, la narración cumple la función de organizar elementos ficcionales e históricos para articular “un efecto de realidad” que no es más que el resultado de ciertos procedimientos de escritura.

Otro planteo fundamental para el estudio de la narrativa lo es el de Hayden White (1992), quien también incorpora elementos sobre la dimensión constituyente de la narrativa como fenómeno cultural. Para este autor, la función narrativa es vital para la construcción de lo real en la medida que éste último puede aprehenderse desde el relato a través de la codificación oral o escrita de la lengua. En otras palabras, toda experiencia humana es susceptible de elaborarse como relato siempre y cuando pueda traducirse.

Claro está que la tarea de traducción necesita de una mediación, de una acción que interprete la experiencia y logre generar sentido.

En su artículo (1982) “El valor de la narración en la representación de la realidad”, White plantea que la narrativa permite la construcción de lo real como relato y así, logra configurar una forma simbólica del presente. Es decir, formas de interpretar la experiencia según el narrador vaya articulando la trama tomando elementos del pasado desde su presente. En este procedimiento, el historiador como narrador es un constructor de sentido y, como tal, responsable de un orden de la experiencia cuya orientación ética es con respecto al otro que, como instancia de recepción, escucha, lee, toma el discurso.

En este dar y tomar discursivo del orden de experiencia como narración, surge la demanda moral de insertar los acontecimientos narrados en una tradición. Así, el narrador además de generar sentido, propone a través de ello, ciertos valores que configuran un imaginario social.

. Además, en este contexto surge también una conciencia histórica para la cual la actividad humana es esencial porque organiza los acontecimientos narrados. El sujeto humano narra pero no sin antes asumirse como mediador, intérprete y traductor de la realidad. Una vez más, narrar es generar sentido y también implica una dimensión ética porque involucra poder y responsabilidad. Así, la identidad narrativa pide contestar ¿Quién soy yo? Pero también quién se es ante otro.

La búsqueda de sentido que lleva al sujeto humano a articular tramas como síntesis de lo heterogéneo se enfrenta a la necesidad, no siempre satisfecha, de responder de sí mismo. Se trata de un tema de formación en el cual la experiencia humana exige un orden para alcanzar su afán constituyente.

Con relación a esto, Ricoeur (1999), define un tercer tiempo _entre el del relato histórico y el de la ficción_ que es capaz de dar cuenta de una identidad narrativa, noción fundamental para entender a la narrativa como un acto humano: “[...] aquella identidad que el sujeto alcanza por la *mediación* de la función narrativa” (p.341). Como se deduce de la acepción ricouriana, la identidad narrativa es un “logro”, puesto que debe ser alcanzada y, por ende, nos habla de un cómo. Para explicarlo, el autor precisa que la función narrativa se cumple a través de tres aspectos del sí mismo que lo prefiguran como agente, hablante y responsable. Es decir, la interpretación que el sujeto humano efectúa es la vía por la cual llega a un conocimiento de sí a través del relato en la medida en que éste es considerado como la dimensión lingüística que se proporciona a la dimensión temporal de la vida.

El cómo de la identidad narrativa se concreta a través del relato en la medida en que el sujeto puede efectuar una economía de sentido de la experiencia humana entre un tiempo histórico y otro ficcional. Dicha operación no es otra cosa que llegar a conocerse e interpretarse para lo cual será también necesario adquirir una conciencia narrativa que va configurándose en la acción de contar, de enunciar y convertir una serie de acontecimientos en historia, al enunciarlos desde una perspectiva.

Para Ricoeur (Op. Cit), una inteligencia narrativa creará entonces una cierta unicidad del tiempo histórico, a partir de ciertos manejos de la temporalidad que permiten al hombre situarse a nivel de su propia experiencia, en un antes y después. Se trata de una subjetividad humana que realiza una economía de acontecimientos o una interpretación con “acento ético”, como lo señala Leonor Arfuch (2002) en “La vida como narración”:

[...] la noción de identidad narrativa, avanza un paso más, por cuanto, al permitir analizar ajustadamente el vaivén en el tiempo de la narración, el tiempo de la vida y la (propia) experiencia, postula también la compatibilidad de una lógica de las acciones con el trazado de un espacio moral. Reaparecen aquí los acentos éticos que desde antiguo acompañan el trabajo de la narración, sobre todo en el anclaje singular de la "vida buena" aristotélica -"con y por otro dentro de instituciones justas"-, ese carácter valorativo intrínseco que hace que ninguna peripecia sea gratuita, es decir, transcurra en un universo neutral y atemporal, sin relación con la experiencia humana. Es esa orientación ética, que no necesita de ninguna explicitación normativa, que va más allá de una intencionalidad [...] indisociable de la posición enunciativa particular, de esa señalización espacio-temporal y afectiva que da sentido al acontecimiento de una historia (p.93).

La importancia de esta orientación ética presente en la narrativa reside en la dimensión de alteridad que aporta, ya que no hay ética posible en ausencia de otro. Así que, narrar desde el punto de vista de la formación, es un verbo que en todas sus posibilidades de ser incluye al otro como instancia de recepción.

Aunque las elaboraciones teóricas de Barthes (1969), White (1982), Ricoeur (1999) y Arfuch (2002), no agotan la tradición conceptual de la

narrativa, a partir de ellas podemos plantearnos la validez de una comprensión narrativa del mundo sustentada en la interpretación de las subjetividades y su potencial para generar sentidos infinitos a partir de una mirada. Entonces, la narración se manifiesta como una realidad percibida desde la cultura misma y funciona como una especie de conciencia que va elaborando juicios de valor en un determinado momento histórico. En palabras de Savater (2002), “narrar es la posibilidad de reinventar la realidad, de recuperar las posibilidades frente a lo difícil o lo adverso”; esto es, de recuperar la vida misma.

La comprensión narrativa del mundo, como capacidad humana nos refiere a una humanización del concepto de narrativa, punto focal de la *narrativa de sí*. Una narrativa de sí nos habla de un orden de la experiencia humana que comprende al mundo desde una mirada cuya capacidad de leer su entorno desde lo que es y puede llegar a ser, es decir, desde una promesa de sí mismo al narrarse. También, a partir de una narrativa de sí es posible configurar un imaginario literario a partir de una economía de subjetividades sustentada en la experiencia de lo individual y lo social.

Al igual que la narrativa, la noción de experiencia no escapa de una larga tradición de conceptualización que va desde su exaltación como fuente primaria de subjetividad hasta la proclamación de su imposibilidad misma de elaboración en la actualidad. Uno de los aportes más relevantes ha sido el de Martin Jay (2007), quien aborda la complejidad del concepto de experiencia tomando en cuenta su heterogeneidad y la dificultad que ésta representa por contener sentidos contrapuestos que tensionan su comprensión histórica.

Jay plantea que los modos de comprender la experiencia en la modernidad apuntan, por un lado, al sentido derivado de *Erlebnis* (vida, vivencia); por el otro, a *Erfahrung* (narración). La primera opción se encuentra orientada a un estadio primitivo anterior a la fragmentación moderna entre el sujeto y el objeto, al ámbito de lo privado e íntimo. La segunda, vuelca la experiencia hacia lo público, le da un carácter intersubjetivo que incorpora momentos narrativos. El punto de intersección de estos sentidos de la experiencia sería la respuesta ante la fragmentación moderna y un intento de recuperar la unidad. En este sentido, Jay señala que:

Podríamos decir entonces que la “experiencia” es el punto nodal en la intersección entre el lenguaje público y la subjetividad privada, entre la dimensión compartida que se expresa a través de la cultura y lo inefable de la interioridad individual [...] Si bien es algo que es preciso atravesar o padecer antes que adquirir vicariamente, aún la experiencia, en apariencia, más real o genuina suele estar modificada por modelos culturales previos [...] puede ser asequible a los demás mediante el relato post facto, un proceso de elaboración secundaria en el sentido freudiano que la convierte en una narrativa dotada de significación (p.20).

La cita anterior vincula la experiencia con la narración y le concede un carácter comunicable que, a su vez, le otorga alteridad, porque allí donde es posible tender un puente con otra realidad, nace la experiencia compartida. En el ámbito de la literatura, la experiencia de apropiación literaria tiene lugar en la lectura cuando el “mundo del texto” se encuentra con “el mundo del lector” y en virtud de la identificación del lector con otros mundos. Sobre este punto en

particular, León (2012) en su investigación sobre la formación del lector, señala que:

Asumir la lectura como posibilidad de experimentar la alteridad, significa entonces dialogar con otros libros, con otros sujetos con una forma de pensar y comprender distinta a la del sujeto lector, significa reestructurar los espacios de lectura para permitir la entrada de otras voces, de otros sentires que trastocan la habitualidad de pensamiento, de acción, de compromiso del lector consigo mismo y los demás (p.245).

Que la lectura sea *un espacio para la hospitalidad*, para el encuentro, la comprensión y el compromiso de voces heterogéneas es algo posible gracias a que la trama que se articula en la vida misma tiene correspondencia con la trama del texto en el momento en que la empatía nace y el tránsito del extrañamiento al reconocimiento tiene lugar efectivamente al hospedar aquel o aquello que es desconocido. En efecto, el encuentro de subjetividades que tiene lugar en una práctica de lectura supone un escenario para descubrir-se y descubrir al otro en las afinidades y rechazos convocados por la obra literaria y que trascienden el mundo del texto para llegar a tomar forma en el mundo del lector.

Ahora bien, ¿en virtud de qué podemos hablar de la hospitalidad de la literatura? Un pasaje de la épica griega nos ubica en el canto VI de la *Ilíada* por medio del cual Homero (1992), nos entrega la hermosa escena de encuentro entre Diomedes y Glauco, en medio de la cruenta guerra de Troya, en la que ambos reconocen la grandeza del otro y antes de proceder al enfrentamiento se detienen a preguntar por el linaje; esto es, buscan conocer-

se. Posterior al conocimiento, el re-conocimiento de los lazos de hospitalidad que unieron a sus antepasados, hace decir a Diomedes:

Pues eres mi antiguo huésped paterno, porque el divino Eneo hospedó en su palacio al eximio Belerofonte, le tuvo consigo 20 días y ambos se obsequiaron con magníficos presentes de hospitalidad [...] Soy por consiguiente tu caro huésped en el centro de Argos y tú lo serás mío en la Licia cuando vaya a tu pueblo. *En adelante no nos acometamos con la lanza entre la turba* [...] Y ahora troquemos la armadura a fin de que sepan todos que de ser huéspedes paternos nos gloriamos (p.154).

Como podemos ver en el fragmento citado, la hospitalidad implica el conocer y re-conocer al otro conjuntamente con su cultura, más allá de las diferencias que pudieran marcar distancias. Este ejercicio de la alteridad alcanza su clímax en el compromiso de no violentar el pacto de hospitalidad: “En adelante no nos acometamos con la lanza entre la turba”, dice Diomedes; pero también hay una voluntad de hacer público tal compromiso: “a fin de que todos sepan”. ¿Por qué es tan importante hacer público o visible la hospitalidad? ¿Acaso no basta el reconocimiento del afecto ante el otro? Tanto en la escena épica homérica como en la lectura formativa, la hospitalidad remite a la tesis de la tessera hospitalis que Gadamer (1997), rescata de las antiguas costumbres griegas.

En efecto, la tablilla del recuerdo es el vestigio de los afectos a través del tiempo. Un símbolo que alude a un universo de hospitalidad, a la complejidad irreducible del encuentro afectivo. En *La actualidad de lo bello*, Gadamer (Op. Cit.), rescata la “tessera hospitalis” o tablilla del recuerdo de la cultura griega para adentrarse en su teoría del símbolo, en la que éste no es sino una parte

de aquello que pretende representar o explicar. El símbolo actúa más allá, en su poder de convocatoria remueve toda una red de significaciones para crear sentido.

Este sentido que nace de la lectura como espacio de hospitalidad que acoge las narrativas de sí, al decir de Arfuch (2002), posibilita la experiencia de apropiación literaria: "Así, la práctica del relato no solamente hará vivir ante nosotros las transformaciones de sus personajes, sino que movilizará una experiencia del pensamiento por la cual "nos ejercitamos en habitar mundos extranjeros a nosotros" (p.95).

La lectura en *clave formativa* invita al lector a colocarse en la posición del otro y a compartir su experiencia, con el plus que supone la descripción de estados emotivos y existenciales que al no estar presentes en la trama de la realidad social dificultan la comprensión de otro y del mundo. Ese compartir de afectos, propio de la literatura, hila las narrativas de sí que tienen lugar en la lectura que inscribe en contexto de la literatura asumida como trans- saber, acontecimiento de alteridad y palabra-promesa de la formación.

La literatura como acontecimiento de alteridad

La literatura es siempre tensión constituyente y, en este sentido, las vinculaciones que le son inherentes se realizan en un despliegue de potencialidades entre lo social, ya asentado históricamente, y lo que pugna por emerger y es la dimensión personal, viva y actuante, que aporta el sujeto. Por eso la literatura es un acontecimiento de alteridad: emerge con *las estructuras*

del sentir, para decirlo en palabras de Williams (1980). Esto es, cuando todos sus significantes colidan el mundo interior del sujeto porque lo formativo habita en la literatura. Sólo allí donde nace la experiencia compartida de un presente, donde la apropiación de lo real social puede ser percibida y valorada por su valor vinculante y puede guardarse como memoria latente. El valor formativo de la literatura se encuentra en sus nexos con lo que está vivo y presente.

En este orden de ideas, la lectura en *clave formativa* trasciende la experiencia normada propia de los espacios pedagógicos ya que permite realizar ese tránsito del conocimiento al reconocimiento en clave de alteridad. Esta tarea formativa implica un ir más allá de las concepciones de la pedagogía que la postulan como saber porque la hacen equivalente a conocimiento y éste último opuesto al reconocimiento como reproducción de lo ya dado. *Reconocer* es un verbo formativo en la medida que instaaura espacios dialógicos para el encuentro con el otro. En este sentido, nos interesa abordar la propuesta de Ricoeur (2005), sobre los usos filosóficos del verbo “reconocer”:

Aquí se muestra, en efecto, considerada en sus grandes líneas, la dinámica que puedo comenzar a llamar un camino, un recorrido, a saber, el paso del reconocimiento-identificación, en la que el sujeto de pensamiento aspira al dominio de sentido, al reconocimiento mutuo, en el que el sujeto se coloca bajo la tutela de una relación de reciprocidad, pasando por el reconocimiento de sí en la variedad de las capacidades que modulan su poder de obrar, su *agency* (p. 254).

Este desplazamiento semántico del verbo *reconocer* que plantea Ricoeur, sin duda alguna permite expandir el horizonte de comprensión de la literatura más allá de su estatus como disciplina. Liberado del reduccionismo, el reconocimiento transita por las diferencias y por la alteridad como conciencia del otro. No se trata de un simple encuentro, es el ágape o encuentro fraternal desinteresado. La diferencia está en un estado de ganancia espiritual que acontece cuando la presencia del otro nos descubre positivamente y al reconocerlo, nos reconocemos en armonía. La hospitalidad que ofrece la literatura es conducente al reconocimiento mutuo por cuanto a través de la dinámica de la representación y de la metáfora, es posible acceder a un propósito formativo: constituir un sujeto del reconocimiento, capaz de narrarse y darse a la sociedad en estado de paz.

Ahora bien, la alteridad que acontece en la lectura configura una diversidad de espacios constituyentes de subjetividad. Al respecto, Skliar (2017), plantea la siguiente interrogante:

¿Qué pasa con nosotros cuando leemos? Nos desorientamos, no hay rumbo, el mundo es una deriva, toda la historia es una alteridad sin fin, los cuerpos son enigmas y el tiempo es un laberinto. A veces nos defendemos: ponemos a prueba lo que leemos con lo que creemos que somos, buscamos la semejanza, la suavidad rugosa y torpe de la identidad. Pero a poco que intentamos la preeminencia nuestra por sobre el mundo, toda lectura se vuelve una pregunta que confunde nuestra intimidad: ¿de quién son las palabras que decimos, escuchamos, leemos, escribimos; de quiénes las frases que enunciamos, los sentidos que otorgamos, las entonaciones que elegimos? (p.240).

De acuerdo con lo que plantea la cita anterior, la alteridad acontece en la lectura de tal forma que plantea al sujeto un reto ontológico por cuanto las preguntas acerca de la identidad y a manera de estar en el mundo tienen lugar en el intercambio de subjetividades.

Leer en clave formativa, la literatura como palabra-promesa

Larrosa (2000), plantea que la formación no es otra cosa que un determinado tipo de relación con un determinado tipo de palabra. Podemos asumir que la literatura es esa palabra, una *palabra –promesa* que da cuenta de “una relación constituyente, configuradora, aquella en la que la palabra tiene el poder de formar o trans-formar la sensibilidad y el carácter del lector” (p.45).

De acuerdo con lo anterior, podemos asumir que la complejidad de la noción de formación remite a una pluralidad de sentido que convoca *palabras-promesa* dicentes de su constitución: viaje, experiencia, elevación, subjetividad, humanidad y, sobre todo, posibilidad de ser. Desde esta multiplicidad, la formación abraza a la literatura.

Las *palabras-promesa* de la Formación suponen una experiencia de apropiación del sujeto que dialoga con la literatura. En consecuencia, cabe preguntarse sobre las posibilidades de formación que brinda la literatura. La experiencia literaria precisa de un desplazamiento, más bien un viaje del pensamiento, que no renuncia a la historicidad, en el que es posible pulsar la literatura como experiencia del clima cultural que acontece al lector.

En atención a este punto, Larrosa (2007) cuestiona la manera en que la educación ha favorecido la experiencia que quiere orientar hacia un saber hacer y se separa tanto de la lectura para adquirir la teoría y el trabajo para adquirir experiencia, como del consumo voraz de la información para traducirla en opinión y en un saber hacer, donde está implicado el tiempo. Dicho abordaje es contrario a los propósitos de la lectura en clave formativa ya que ésta busca un lugar para vivir las experiencias, un espacio para adquirir la memoria y obtener un referente que permita leer el mundo: para experimentar o exponerse para relacionarse con la pasión; es decir, con el sentir. La propuesta de este autor sobre la formación se fundamenta en un viaje, en el transitar de un camino que es la respuesta a *cómo se llega a ser lo que se es*.

Por otra parte, para Zambrano (2007), la experiencia es la esencia de la formación. Sin embargo, esta experiencia precisa de la capacidad en una temporalidad. Sólo así es posible hablar de formación: “Es un movimiento que vuelve sobre lo vivido. El volver es propio a la experiencia; negar el volver impide que lleguemos a la fuente de nuestro espíritu” (94). Para este autor, todo lo que acontece al sujeto se vuelve experiencia y se sopesa en su “horizonte de intereses” para ir al encuentro del otro en “un horizonte común”. En este último, acontece la afectación del sujeto por la cultura propia y del otro, nace la socialización que es “aprendizaje y experiencia de la cultura común”.

En el caso de la literatura, la experiencia es una de apropiación que involucra espacio, tiempo, posibilidad y devenir. Afecta y es afectada por la

cultura, posibilita la articulación de la trama narrativa que es constituyente y constituye al sujeto en la posibilidad de narrarse a sí mismo. En este orden de ideas, cada experiencia de apropiación de la literatura que tuvo lugar antes y después de la Modernidad, desde su complejidad y capacidad de respuesta epistémica a los imperativos históricos, estéticos y éticos, trajo como consecuencia una dinámica incesante de apropiaciones y reapropiaciones en las que se fundamenta la experiencia educativa de la literatura como objeto de estudio en las instituciones académicas contemporáneas. Esto es, la experiencia institucional de la literatura como área de saber, como teoría y crítica, desde luego, como práctica cultural.

Ante la necesidad de repensar a la literatura como práctica cultural y cómo los lectores se movilizan desde un plano de constitución a uno constituyente en relación con ella, es fundamental ir más allá de la tarea pedagógica que le fue encomendada y reubicar las prácticas de lectura en el ámbito irreductible de la literatura misma. Esta cualidad irreductible constituye el ámbito de la lectura formativa como espacio de encuentro de subjetividades y acontecimiento de alteridad.

En este orden de ideas, la lectura en clave formativa podría abrir caminos hacia la experiencia de lo humano al propiciar la ampliación de la capacidad de imaginación moral, estimular la sensibilidad ante la diversidad humana; inclusive, promover un sentido genuino de la solidaridad humana desde experiencias humanas concretas, como el dolor o la traición, las cuales al ser compartidas, generen la empatía necesaria desde la cual se gesten la

solidaridad y la compasión. Es aquí donde se instaura “la razón literaria, equivalente a razón estética que, a su vez, es una razón «sensible» al sufrimiento del otro o, en otras palabras, es una “razón compasiva”. En todo caso, esta idea de razón literaria se nutre en el reconocimiento del otro, en la intersubjetividad y en la comprensión que se da en alteridad.

Además, la literatura no se agota en su capacidad de convocar una razón sensible, sino que trasciende su dimensión estética al proponer una visión del mundo. Esto es posible gracias al potencial formativo de la metáfora:

La metáfora permite concebir el espacio lógico como ámbito de la posibilidad. La metáfora permite una nueva visión [...] Inventar una metáfora es crear asociaciones nuevas, es inventar nuevos modos de ser hombre y de organizar la convivencia, así dar lugar a una metáfora es crear sentido, abrir un lugar, convertir la vida en una «faena poética» (p.16).

La lectura convoca la aprehensión de la esencia metafórica de la formación porque genera una producción de sentido que lee al mundo. Esta lectura es de naturaleza relacional. La experiencia de apropiación literaria que es propia de la lectura formativa pulsa la formación en el sentido resignado en que Larrosa (2001) habla de la miseria de nuestro presente para hacer estallar la Bildung: “La palabra formación es una de esas palabras caídas [...] pero, quizá en tanto que caída, llena de posibilidades” (p.116). Nuestro propósito se inscribe en el ámbito de posibilidades de esa caída y pretende desde las

palabras-promesa de la formación apostar a la lectura formativa como un lugar de reunión de subjetividades.

Es un lugar común pensar la lectura como una práctica cultural académica, ceñida a sus posibilidades pedagógicas en el contexto de un aula de clases. Sin embargo, al ser una práctica humana su ámbito de realización se extiende a otros espacios de la formación y la cultura; sobre todo, en aquellos donde afloran las subjetividades.

La lectura en *clave formativa*, se inscribe en el ámbito de la literatura como razón sensible. En este sentido, aspira a configurar su propio imaginario literario, este último pensado como un ejercicio de subjetividad que reúne la experiencia de apropiación del mundo del lector. Es en ese espacio donde la formación alcanzará su máxima expresión en el diálogo de las narrativas de sí involucradas. La aprehensión misma del mundo respondería a lo que Birulés denominó *tiempo de subjetividad*. La tarea formativa del sujeto es también la tarea de procurarse un referente para generar sentido y posicionarse ante el mundo que le es contemporáneo. Para ello, debe atender su diversidad constitutiva en las formas de hacer cultura que forman parte de su experiencia de vida y la lectura, *en clave formativa*, es una de ellas.

CAPITULO II

APUNTES PARA PENSAR UN IMAGINARIO LITERARIO DEL CARIBE ORIENTAL VENEZOLANO

Ya señalábamos en líneas anteriores que la construcción de un imaginario literario precisaba un ejercicio de subjetividad por cuanto aprehender el mundo a través de la literatura demanda una mirada en clave formativa. Dicha mirada es de naturaleza plural e interdisciplinaria por cuanto todo lo que es objeto de su interés es complejo en su constitución. En nuestra propuesta, la lectura en *clave formativa* amerita, no solo a una aproximación interdisciplinaria a la noción de imaginario sino también al lugar de inscripción del mismo en la narrativa venezolana ya que asumimos que los imaginarios constituyen lugares de construcción de la identidad narrativa. En este orden de ideas, en este apartado se abordarán las nociones de imaginario

Sobre la noción de imaginario

Cualquier aproximación a la noción de lo imaginario exige un enfoque multidisciplinario para transitar los extremos de una tradición académica en el campo de las ciencias humanas que, en primera instancia, desvalorizó su potencial científico asociándolo en el mejor de los casos, en el ámbito pre-científico, fuera del imperio de la razón objetiva. Sin embargo, los aportes de autores relevantes en campos de saber, tales como la sociología, la

antropología, la filosofía, la psicología y la literatura, han revitalizado su valor categorial al resignificar sus alcances epistémicos y ontológicos.

En este sentido, Castoriadis (1997), parece ser uno de los referentes principales al designar lo imaginario como el conjunto de procesos de creación por medio de los cuales los sujetos inventan sus propios mundos. Desde esta perspectiva, lo imaginario da cuenta de una producción de sentido en torno a una realidad determinada, es decir, una aprehensión subjetiva del mundo en la cual se articulan imágenes con propósitos constitutivos:

Las significaciones imaginarias sociales crean un mundo propio para la sociedad considerada, son en realidad ese mundo: conforman la psique de los individuos. Crean así una “representación” del mundo, incluida la sociedad misma y su lugar en ese mundo: pero esto no es un constructum intelectual; va parejo con la creación del impulso de la sociedad considerada (una intención global, por así decir) y un humor o Stimmung específico -un afecto o una nebulosa de afectos que embeben la totalidad de la vida social (p.9).

Otro aporte fundamental ha sido el de Durand (2000), para quien lo imaginario comprende dos dimensiones de la expresión humana: una relativa a lo representativo y otra a lo emocional y afectivo. En esta concepción, lo imaginario es constitutivo de toda representación humana y alude a una dinámica de imágenes y símbolos, producidos y por producir, en la que se genera un sentido distinto al inmediato, dando lugar a manifestaciones místicas o cosmovisiones.

La importancia de la imagen y la imaginación en los procesos creativos propios de la literatura también ha sido otro escenario para reflexionar sobre los alcances de lo imaginario. Una referencia obligada es la poética de Gastón

Bachelard (2019), quien apuesta por recuperar el estatuto ontológico de la fantasía en la creación poética, este autor aborda las significaciones que tienen los espacios del ensueño poético y el poder que genera la imaginación creadora.

Para Bachelard (Op.Cit.), la creación poética es posible gracias a la capacidad de renovación incesante de la imagen y la existencia de una imaginación trascendental. Esta última, constituida por arquetipos capaces de activar todo un mundo cargado de símbolos. Siendo lo arquetípico imposible de aprehender, la conciencia humana es capaz de evocar imágenes renovadas de lo viejo subyacente en su interior. Lo imaginado es entonces un eco de lo arquetípico y esto aporta al estudio de lo imaginario el problema de la creación del ser que habla y es fuente de una diversidad de imágenes poéticas, es decir, el poeta.

Los aportes de Castoriadis, Durand y Bachelard forman parte de una amplia gama de estudios multidisciplinarios sobre la imagen y la imaginación cuyo propósito investigativo ha estado orientado a reivindicar la noción de lo imaginario y otorgarle un estatuto ontológico en el ámbito las ciencias humanas. Al respecto, Solares (2006) señala algunos puntos de convergencia entre diversas teorías que sintetizan la revalorización de lo imaginario como categoría de estudio en la actualidad:

- 1.-Las representaciones de la imaginación se organizan de acuerdo a una lógica y en función de un lenguaje de símbolos.

2.- El imaginario, arraigado en estructuras y superestructuras es obra de una especie de imaginación “trascendental” que excede los límites del mundo sensible.

3.- La imaginación es una actividad a la vez connotativa y figurativa que da a pensar más de lo que la consciencia elabora bajo el control de la razón abstracta y/o digital, es decir, más allá de la estructuración científico-técnica y conceptual de la actividad pensante.

4.- El imaginario es inseparable de las obras mentales y materiales que sirven a cada conciencia para construir el sentido de la vida, de sus acciones y de sus experiencias. Desde esta perspectiva, las imágenes simbólicas visuales y/o lingüísticas contribuyen a enriquecer las representaciones del mundo y elaborar, simultáneamente, la identidad del Yo.

5.- El imaginario alude a una esfera de representaciones y afectos profundamente ambivalente: puede ser fuente de errores e ilusiones, pero también revelación de una verdadera metafísica. Su valor no reside únicamente en sus producciones sino en el uso que se hace de las mismas.

En consideración a lo anterior, la noción de imaginario que nos interesa destacar es la que a juicio de Solares permite que sea:

[...] estudiado literalmente a través de temas, relatos, motivos, tramas, composiciones o puestas en escena, capaces de abrir un significado dinámico dando lugar siempre a nuevas interpretaciones dado que sus imágenes y narraciones son siempre portadoras de un sentido simbólico o indirecto (p.131).

Dicha orientación nos permitirá aproximarnos a través de la lectura en clave formativa de un corpus narrativo que dará cuenta no solo de un espacio geográfico sino de un mundo subjetivo configurado en la dinámica de imágenes capaces de evocar un sentido que trasciende el ámbito de la creación literaria y permite el encuentro intersubjetivo de las narrativas de sí involucradas.

Sobre el Caribe Oriental Venezolano: las coordenadas geográficas de un espacio identitario

Los criterios con los que se ha intentado conceptualizar la realidad caribeña han asistido a una dinámica de inclusión y exclusión de factores culturales, económicos, políticos y sociales que han generado múltiples realidades del Caribe. En suma, el caribe es ante todo una pluralidad cultural.

Ante la compleja tarea de definir el Caribe, es preciso partir de sus coordenadas geográficas para abordar sus especificidades como objeto de estudio en el contexto de la presente investigación. Al respecto, Molina (2009) define al Caribe como región geográfica y señala cuatro tendencias académicas fundamentadas en la base geopolítica de las mismas. Estas son:

- El Caribe insular o etno-histórico, que comprende a los países caribeños, islas y territorios poblados, en su mayoría, por esclavos provenientes del continente africano, y cuya economía estaba basada en el sistema de plantaciones de la caña de azúcar.
- El Caribe geopolítico, que comprende un mayor espacio geográfico y abarca al Caribe insular, las Grandes Antillas y otras islas del mar

Caribe, y cubre a los países del istmo centroamericano, incluyendo a Panamá. Esta definición excluye a los países grandes con costas caribeñas como México, Colombia y Venezuela.

- El Gran Caribe o cuenca del Caribe, que incluye a todos los países, Estados y territorios que forman parte de la cuenca del Caribe.
- Caribe cultural o Afro-América, esta definición no corresponde con las fronteras políticas existentes, sino que puede incluir a determinadas regiones de un país y no al país en su conjunto.

Nuestro espacio de interés se puede ubicar en una de las cuatro zonas descritas por Molina: es el Caribe Oriental Venezolano que forma parte la Cuenca del Caribe o el Gran Caribe y constituye la dimensión geográfica de nuestro imaginario caribeño oriental venezolano. Para mayor precisión de sus coordenadas territoriales, Sorhegui (2010) señala:

Queremos singularizar en el del Caribe oriental, abarcador de los actuales estados venezolanos de Monagas, Sucre y Anzoátegui, incluidas las tierras de Cumaná, Paria, islas de Trinidad, Cubagua, Margarita, Tortuga, Golfo de Araya y desembocadura del Orinoco, en una integración de costas, aguas y territorios de la Tierra Firme, indispensable para constatar, en toda su magnitud, la dinámica de la colonización hispana, de la fundación de ciudades y de los circuitos para el trasiego de mercancías, capitales y población (s/n).

La anterior definición geográfica es uno de los fundamentos que configuran nuestra propuesta de imaginario literario, como veremos más adelante. Es en las calles, casas y espacios fluviales de ciudades del oriente venezolano como Cumaná, Ciudad Bolívar, Manicuaire, la península de Araya, el Golfo de Paria, donde se concreta lo que algunos autores han denominado una territorialidad cultural. En este sentido, Vargas (2018), reflexiona sobre la construcción de territorialidad cultural o la territorialización en el imaginario

social a partir imágenes, sentimientos, tradiciones culturales vividas, desarrolladas y encontradas en el colectivo, en la interacción de los diferentes aspectos de la sociedad correlacionándolas con lugares significativos lo que determina una territorialización cultural constituida por la identificación social y cultural entre un lugar y los sentimientos de pertenencia.

Esta perspectiva está fundamentada en las teorías urbanistas de Lynch (1992) para quien, la imagen, la percepción social, la cultura, la memoria y la historia se encuentran vinculadas a los procesos de creación de los sujetos que inventan sus propios mundos, instituciones y valores en condiciones reales de autonomía individual y colectiva que según Castoriadis es la institución de un magma de significaciones, significaciones imaginarias sociales. Según esta premisa de Lynch, es posible hablar en términos de una territorialidad ya que existen lazos de identidad entre el espacio y los seres que lo habitan.

Metáforas del Mar Caribe

Otro gran elemento definitorio del Caribe es el Mar. Podría afirmarse que, si bien existen un sin número de posibilidades identitarias para el caribe, ninguna podría prescindir del simbolismo del Mar. Al respecto, Perus (1999), señala que:

Desde el punto de vista geográfico, el Caribe se define por la existencia de un mar común que une, en principio, un conjunto de islas con las regiones costeras de diferentes países que tienen además otras características. Así el mar-ese mar tan extraordinariamente bello y apacible, y sin embargo, tan violento y cruel también a ratos-, el mar, y el horizonte marino abierto bien

podrían ser la experiencia cultural primordial común a todos los habitantes del Caribe, el espejo y la cifra en que todos se miran y se reconocen entre sí (p.41).

Para esta autora, la experiencia del caribe es de índole relacional ya que el capital simbólico literario del Mar Caribe va más allá de una simple correspondencia entre la naturaleza y la cultura caribeñas. Se trata de una dinámica entre lo ya dado y lo que pueda surgir, con toda la carga cultural que pueda desplegarse:

Lo que designamos por “naturaleza” no es sino la formalización de un conjunto de relaciones -vivencia y experiencia concretas juntas- que la geografía y la literatura recogen y formalizan de distinta manera, aunque no sin compenetraciones de ambas entre sí y con la historia (con la doble acepción del término). (p.42)

La posibilidad de generar sentido desde lo relacional es un elemento significativo para abordar la idiosincrasia caribeña en el ámbito literario. Este último, como espacio de encuentro y comunión de voces que enuncian ese tejido constitutivo de la cultura caribeña.

Son numerosos los estudios críticos literarios que piensan a la literatura caribeña desde el Mar. Para citar algunos ejemplos en el ámbito venezolano, tenemos el de Pacheco (2007), quien aborda la narrativa de Lucila Palacios y Gloria Stolk, para destacar la particularidad de ciertos señalamientos de la crítica literaria sobre la ausencia del mar la literatura venezolana “como consecuencia de que hemos vivido de espaldas al Caribe, gesto inexplicable en un país que se define como caribeño” (p.1).

La casi ausencia del simbolismo del Mar en el abordaje crítico de la literatura venezolana es notable en las propuestas de lectura de la misma. Por ejemplo, Boadas (2004), en su aproximación a las literaturas caribeñas propone un acercamiento desde la literatura comparada que destaca tópicos como la negritud, lo étnico, la religión, el lenguaje y lo colonial pero curiosamente deja por fuera al mar caribeño. En consideración a lo anterior, plantearse una lectura -en clave formativa- del Caribe, desde un imaginario literario que no deje por fuera la experiencia y la vivencia del mar en la geografía oriental venezolana resulta pertinente y necesario para contribuir a la formación de un imaginario literario.

Sobre las subjetividades caribeñas contemporáneas

Cuando hablamos de subjetividades contemporáneas en el marco de la narrativa caribeña oriental es necesario abordar también la noción de **identidad** por cuanto las expresiones de ésta última exigen formularse la pregunta por las voces que hablan en los relatos a través de metáforas de lo vivido. Sobre la identidad, Hall y Du Gay (2006), señalan que:

Las identidades, en consecuencia, se constituyen dentro de la representación y no fuera de ella [...] Surgen de *la narrativización del yo*, pero la naturaleza necesariamente ficcional de este proceso no socava en modo alguno su efectividad discursiva, material o política, aun cuando la pertenencia, la «sutura en el relato» a través de la cual surgen las identidades resida, en parte, en lo imaginario (así como en lo

simbólico) y, por lo tanto, siempre se construya en parte en la fantasía o, al menos, dentro de un campo fantasmático (p.18). (Cursivas nuestras).

De acuerdo con lo planteado en la cita anterior, la *narrativización del yo* acontece entre la ficción y el discurso, es decir, en el ámbito de la representación y es portavoz de lo identitario desde las especificidades que le constituyen y acogen las diferencias. En este mismo orden de ideas, estos autores señalan que:

[...] las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella. Esto implica la admisión radicalmente perturbadora de que el significado «positivo» de cualquier término —y con ello su «identidad»— sólo puede construirse a través de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta, con lo que se ha denominado su afuera constitutivo (p.18).

De la cita anterior rescatamos tres ideas sobre la identidad: a) se construye dentro de la representación; b) surgen de la *narrativización del yo*; c) Se construyen a través de las diferencias. Esta tríada constitutiva de la subjetividad se manifiesta en la configuración de metáforas y registros de voces plurales en torno a una misma experiencia. Asimismo, el yo se *narrativiza* como una memoria activa que va articulando percepciones, recuerdos y sentimientos. De esta manera, la experiencia del Caribe Oriental Caribeño se hace constitutiva de la identidad narrativa, no sólo de los personajes literarios sino también del lector que accede a ella desde la experiencia compartida.

Una de las formas manifiestas de esta tríada es la narrativa del fracaso como experiencia constitutiva de lo caribeño. Al respecto, López (2015) plantea que el fracaso exige reformular una historia distinta a la que inicialmente se creía y, de esta manera, se genera un *desenraizamiento* constante de las

premisas interpretativas. Así, los personajes viven la experiencia del desarraigo ya no simplemente como una dislocación geográfica o nacional, sino como la pérdida de las certidumbres sobre las que se fundamenta la visión del mundo. El desencuentro, el desarraigo, la incertidumbre se viven de cara a un mundo interior, muchas veces alienado. Asimismo, la experiencia negativa del otro se hace constitutiva en el caso de ciertas subjetividades cuya experiencia caribeña sospecha la amenaza del peligro solapado en la geografía devoradora del Caribe.

En virtud de todo lo anterior, nuestra propuesta de lectura del caribe oriental venezolano dialoga con tres elementos puntuales: 1) Una dimensión geográfica que comprende la naturaleza, el ambiente y la ciudad caribeña; 2) Una dimensión simbólica que incorpora registros del Mar y el conjunto de vivencias y experiencias inherentes relacionadas con su presencia en la vida de los personajes; 3) Una dimensión subjetiva que da cuenta de las narrativas de sí de los personajes cuyo núcleo de experiencia vital gira en torno a los elementos que conforman las dos primeras dimensiones: lo geográfico y lo simbólico caribeños.

En este orden de ideas, nuestra lectura en *clave formativa* de la narrativa de Torres y Poreda, seguirá dicho hilo analítico pues consideramos que ambas escritoras capitalizan la esencia constitutiva del imaginario literario del Caribe Oriental Venezolano.

CAPITULO III

EL CARIBE ES UNA VEREDA SIN SALIDA AL MAR: SUBJETIVIDADES, OTREDAD Y DIFERENCIAS EN LA NARRATIVA DE DORIS POREDA

El Caribe es el otro: las voces que enuncian la diferencia

La construcción de las identidades a través de las diferencias se encuentra presente en los relatos sobre los otros. En “El tapiz de Lötzen” (2013), asistimos a la percepción de estas diferencias desde lo étnico:

Un puerto yace ante la gente en cubierta del Américo Vespucci en la atmósfera rosada del amanecer...Aves de oscuro plumaje revolotean alrededor y encima del barco. A lo lejos se divisa una hilera montañosa que parece abrazar las casitas de colore. Todo es peculiar y extraño[...] Se escuchan gritos y palabras en la lengua-español-que los emigrantes no entienden. No entienden nada de lo que escuchan. Sus tipos son diferentes a los acostumbrados. En los colores de la piel se mezclan el blanco, el amarillo y el marrón de manera variable (p.191).

Igualmente, los otros lo son desde una otredad del lenguaje. En “Camino a Schlaraffenland” (2013), la lengua del otro es un territorio desconocido y confuso:

Mutti se da cuenta que los venezolanos tienen una manera peculiar de decir y gesticular cuando se trata de las distancias. Para decir “allá”, más o menos cerca, se señala con el dedo índice. “Allá”, más o menos lejos, se dice frotando las dos manos con un movimiento rápido. Pero para decir “allá”, cuando es muy lejos, el que habla hace ruido con las palmas y eleva la mano derecha como si la hiciera volar en dirección de esa lejanía (p.199).

A través del lenguaje se reafirma la diferencia y también emerge una identidad a partir de esta relación de esta relación con el otro:

Mutti es fuerte como los pinos de Prusia. No tiene vergüenza de su ignorancia del idioma español, cuando es preciso hacerse entender por alguna necesidad. Ya aprendió que los lugareños gesticulan para todo y así ella empieza a usar el método de hablar “con manos y pies” (p. 202).

Otra articulación de la diferencia constitutiva de lo caribeño es el extrañamiento del ambiente. En “Voces del agua. Lo que dice Mutti” (2013), se hace referencia a la hora azul:

Antes de emigrar, en Alemania me decían que en el trópico había lo que llamaban la hora azul *-die blaue Stunde-* y es verdad. Es entre el día y la noche, cuando aún hay luz y la noche se asoma con la luna por el otro lado del mundo...hay colores como nunca había visto en mi vida (p.150).

La pluralidad de voces que enuncian la diferencia es clave en esta narrativa porque la voz es una noción relevante para comprender la perspectiva subjetiva puesto que es portadora de sentidos de la existencia. Aquello que se percibe ajeno y diferente emerge como una conciencia de la otredad en la narrativa de Poreda. La voz que enuncia la diferencia es extranjera, es una voz migrante que dice al otro como lo vive, que traza un imaginario de posibilidades truncadas bajo una misma impronta: un sentido fatídico de lo caribeño.

Por otra parte, la experiencia de la ciudad oriental caribeña es *Karibik*. En *Tagebuch: el último de los dioses* (2013), el Caribe es la playa San Luis, el

calor del trópico, las precarias calles de Cumaná, la existencia fracasada y el amor fallido La voz narrativa se desplaza por la ciudad caribeña y convulsa:

Pero soy yo quien hoy sale de tu vida. Hoy, día del deber y del servicio...el cielo no presagia nada. Está despejado y brillante, tan cochinamente hermoso como todos los días del Karibik [...] Detrás del economato militar tomo el camino de mi recién estrenado destierro-entierro, dando así una vuelta que me impone el trueno que se expande en mí [...] El mediodía huele a calor y yo quiero demorar este camino hacia el olvido. Todo se va haciendo silencio y mi quebrada voluntad se raja más en cada esquina, mientras me acerco a la vereda conocida [...] El sol no me fatigará de día ni la luna de noche, pero quema mi brazo izquierdo en el ultraliviano de Fritz, o es el derecho? Yo monto por primera vez, con casi terror de mirar hacia abajo mientras despegamos desde el estacionamiento del viejo aeropuerto [...] El paisaje desde allí es una primicia en verde y azul. Verde en las montañas de la costa, un telar de musgo que se extiende como telón de este paraíso recién nacido y descubierto. Azul profundo delante del pesebre de casas, con vetas de plata a la luz dibuja en el mar, sobre el golfo sarónico de Cariaco [...] Aprender a morir llegaría más tarde. Hoy, cuando las campanas de Santa Inés anuncian el final de este tiempo y tu voz se extingue para mí como un eco en el Turimiquire [...] Pero esta historia, más mía que tuya, habrá de terminar hoy. Por eso, me demoro en llegar, tarda soy en esta naciente pasión de odiarte que se anuncia en las esquinas solitarias de esta ciudad cansada bajo el sol...El mercado Prica está cerrado pero los buhoneros medran entre el aplastante tufo de chaco podrido y conchas de cambur asadas a la lumbre de esta luna del mediodía...Vamos, ¡concéntrate y da la vuelta al parque, ya basta de este loco caracoleo que marea y atonta los sentidos! Pero en el banco de enfrente al mariscal veo a Peter, cabezaguindando en la modorra de su posprandio cervecero. *Otra existencia fracasada de las tantas que vienen en busca de playa y de hembras. Playa tiene demás. Allá vive, en un chinchorro pegado a la cerca del hotel de lujo barato, bajo un tinglado de paja...Todo acabó...Todo quedó disperso como las herramientas que trajiste de Munchen, con la esperanza de reparar el defectuoso mecanismo mental del Caribe...No importa que ya haya llegado a la ciudadela donde solo me esperan los murciélagos y que el nuevo tiempo me arrolle con sopor de mediodía o pea de medianoche, con campanadas de año viejo y con susto en mi garganta seca de tu boca desde hoy* (pp. 69-79).

El tema del fracaso ha sido señalado como experiencia constitutiva de lo caribeño. En la extensa cita anterior, nos encontramos con la pérdida de certidumbre ante el amor fallido, la referencia a una existencia fracasada y derrotada ante el Caribe devorador de voluntades: es el hombre vencido por el alcohol, las bajas pasiones y la cotidianidad decadente. Igualmente, la ciudad caribeña es descrita como un laberinto infernal, caluroso y sucio ante que no ofrece sino recovecos de miseria existencial en sus calles solitarias bajo el sol pero también es el paraíso verde y azul del Golfo, las montañas que rodean y circunscriben la playa cumanesa.

El tejido narrativo de estos relatos de Poreda en el *El paraíso prestado* (2013) da cuenta del oficio creador de la escritora como dadora de vida de las muchas palabras que le acontecen y sirven para articular la subjetividad en escenarios caribeños: la voz narrativa que articula las experiencias es una colmada de encuentros y desencuentros con eso que llaman: “vivir”, y que no se limita a las cuatro paredes del sustantivo, es decir, a la vida. Esto es, vivir a vida, una sutil diferencia de convocatoria existencial. Vivir es acción coraje y la vida aquello que resignadamente ocurre.

En la narrativa de Poreda acontece un imaginario es la suma de las metáforas del Caribe, la cotidianidad hecha palabra para significar el mar, el trópico, a los otros y, desde luego, entablar ese diálogo literario con la vida en el que algún momento ha de responder a la eterna interrogante humana por la identidad y el origen. La pluralidad de voces que enuncian al otro en los relatos

de *El paraíso prestado* abre y cierra ciclos de vida, de entrada y salida de personajes, de lugares e historias de vida. Por ejemplo, la historia de Bert, una oda a los sueños no realizados, la reticencia ante las preguntas de Dorly era también la firme convicción de que remover el pasado era un gesto vano y estéril. En *Flüchtlinge*, nos encontramos con estos personajes cuya subjetividad desarraigada más que negar, evade el pasado que lo ha convertido en refugiado de la vida, de la vida en el caribe.

La palabra *Flüchtling* no es palabra fácil. Es refugiado, también el que huye, el que debe resguardarse del peligro. Dorly no entendió su sentido hasta mucho más tarde, cuando ya la palabra se había incorporado a ella y su sentido se introdujo en sus reacciones e hizo de ella una refugiada de todo lo que la rodeaba (p.116).

La otredad de Bert y de Dorly, está permeada de fracaso, de no pertinencia a la nueva realidad, a ésta sucumben resignados y sin esperanzas de retornar al pasado de la huida. El presente caribeño es ajeno e incierto pero es lo único que tiene visos de realidad.

El mar es una metáfora de lo insondable

En el relato “Dioses marinos, sirenas y piratas” (2013), de *El paraíso prestado*, nos encontramos al final con una sentencia: “El mar tiene sus propias reglas y ningún mortal, ni unos dioses menores como nosotros, podía preservarse de ellas” (p.190). En este viaje trascontinental en barco, plagado de peligros internos y externos para los migrantes de lenguas diferentes,

culturas ajenas, está signado por una fuerza líquida de la naturaleza de la cual depende la vida misma. El mar es bello y cruel pero, sobre todo, insondable:

Finalmente aparece una ciudad costera. Se divisa un gran golfo y nos maravillamos de este color de mar que nunca habíamos visto. Hace buen sol, a pesar de que dejamos atrás el comienzo del invierno y la eterna neblina del norte alemán. Este es un paisaje de postal que sonríe desde lejos y nos invita a entrar [...] Soñamos con frutas dulces y jugosas, con playas de arenas blancas como talco, con música y alegría [...] ¡Al fin, vamos a Suramérica! Quisiéramos gritar. ¡Al fin, libres! [...] Pero no nos quedaremos aquí. Nos espera una larga travesía por mar que durará quince días. Pasaremos el Ecuador, dicen, y eso será ocasión de una gran fiesta a bordo. Ya verán. [...] En unos días llegamos al Ecuador...De pronto el barco comienza a moverse y se arquea como un animal salvaje. Me parece que un gigante furioso nos lanza baldazos de agua. El mar ruge y nos envía agua de todas partes... El agua del mar llegó hasta los dormitorios de los emigrantes y la sala de máquinas [...] Todos tenían la idea de que había llegado el fin, no sobreviviríamos a esta tempestad (186-190).

El mar es una presencia inescrutable que designa el porvenir incierto para los personajes de *El paraíso prestado*. Es también una frontera entre el pasado y el futuro. En suma, el mar deviene metáfora de lo caribeño, como presencia inequívoca del hilo existencial de los personajes de Poreda. Sobre la metáfora como posible articulación de la subjetividad, es importante señalar que hay autores que reivindican el poder de la metáfora de decir algo sobre la realidad. Ricoeur (2000), en su tratado sobre *la metáfora viva* destaca que el potencial operativo va más allá del plano lingüístico y esto se revela su capacidad de re-ordenar la realidad para producir otros sentidos.

También en el caso de la función poética de la metáfora, está presente la capacidad de proponer universos diferentes a los establecidos. El poeta, nos

dice Ricoeur, posee el don de “metaforizar bien”, en virtud de que percibe las semejanzas. Aquí nace un “cómo” que caracteriza las operaciones metafóricas para nombrar la realidad, es decir, nace otro sentido, se resemantiza lo percibido para *decir la verdad* como ficción. En este sentido, la metáfora actualiza la realidad porque tiene el poder de des-cubrirla haciéndose “viva” gracias a su función referencial. Desde este punto de vista, la verdad metafórica viene a ser aquella que se construye en y por las apropiaciones discursivas que el hombre hace del mundo y la vida. Si para este autor la metáfora es viva y puede decir la verdad, es porque:

La metáfora “pone ante los ojos” porque “significa cosas en acción” y continúa: [...] La Poética se hace eco: “se puede imitar narrando o presentando todos los personajes como actuando [...] como en acción...Presentar a los hombres <<como actuando>> y todas las cosas <<como en acción>>, puede muy bien ser la función ontológica del discurso metafórico. En él, cualquier dormida potencialidad de existencia aparece como manifiesta, cualquier capacidad latente de acción como efectiva [...] La expresión viva es lo que dice la existencia viva (p.66).

Estos usos de la metáfora están presentes en la narrativa de Poreda en el relato “Tranká Serrutscho”, en *Divago Mundi* (2009). En este relato asistimos a la expresión del sueño caribeño frustrado del personaje Michael, en el que el mar Caribe se torna metáfora de lo fatídico:

Cuando Michael llegó acá ya había estado un tiempo en Burdeos [...] Pero de pronto le dio por quedarse a vivir con vista al Caribe, donde a nadie le importa si Michael_ Maikel le dicen_ aprendió a decir bien las palabras. A nadie en la playa le importa si no habla o entiende el cumanés, que la canícula está arrecha o que los turistas de Düsseldorf se mueran al calor de la envidia cuando vienen a ver su

enramada playera y tropical [...] En cuanto a sobrevivir en el paraíso, siempre hay cómo y con qué. Cuando dice *tranká serrutscho*, como aprendió a decir con los criollos, ya se sabe que es para pedir prestado[...] Consigue casi siempre que algunos compatriotas, venidos a menos por la nostalgia, le subvencionen la vida de Adán-en-playa que lleva, como si de un reflejo ideal de sí mismo se tratara[...] Él no se explica muy bien que la gente no entienda su lógica de turista permanente, si se trata solo de tomar un chinchorro y guindarlo debajo de las palmas de la playa Bordonos, y ahí *mihmito*, como rápidamente aprendió a decir, disfrutar del Karibik y su lujuriosa irradiación de felicidad que, además, es gratis...Se instala cada día debajo de su enramada y se dedica a gozar de su libertad tropical , mientras otros vagabundos de playa lo miran con desconfianza, ante todo por ese desparpajo con que asume su felicidad de chinchorro y cerveza [...] Que hubiera renunciado a las comodidades de la civilización para vivir mirando el mar desde una enramada de palma y tomando cerveza les parecía demasiado original para ser viable (pp.73-76).

La vida de Michael es consumida por el Mar Caribe, éste se convierte en una metáfora del fracaso. La playa es el escenario de su derrota humana, destino elegido e incomprendido por los otros. Al metaforizar el fracaso, Poreda reelabora la experiencia caribeña desde el tejido existencial de unos personajes que dan cuenta de las subjetividades imbricadas a la esencia misma del Caribe.

EL CARIBE ORIENTAL VENEZOLANO EN LA NARRATIVA DE ESMERALDA TORRES: LOS RELATOS DE LA CIUDAD TRAMPA, DESTINOS SIN SALIDA AL MAR

Los relatos de la ciudad trampa

Si existe un rasgo preponderante en la narrativa de Esmeralda Torres, es la presencia de la ciudad oriental venezolana. Es en las calles de estas

ciudades del Oriente Caribeño venezolano que los personajes de sus relatos transitan la complejidad de sus historias de vida. Al respecto, Gasca (2019) señala:

Un elemento unificador del conjunto es la geografía en la que están ubicadas las historias. Salvo excepciones [...] las acciones transcurren explícita o tácitamente en Venezuela. Varias veces es una ciudad grande, innominada, probablemente Caracas. Pero el peso de la ambientación gravita entre Cumaná (y algunos lugares puntuales del estado Sucre) y Ciudad Bolívar, la sabana guayanesa (y una pequeña localidad minera y fronteriza bautizada como santa María) [...] Un hombre difícil es, en más de un sentido, un libro eminentemente cumanés. De hecho, está dividido en dos partes, y en la primera no solo todas las historias ocurren en Cumaná sino que la ciudad misma está integrada física e íntimamente al relato. En la segunda, la mitad de ellas la ve convertirse de nuevo en arte y parte de este. Esa es la geografía en la que habita, y a veces recorre, el cuadro de personajes de la autora. Donde viven y mueren, y actúan y esperan, y por lo general fracasan (pp.9-10)

Esta presencia inequívoca de la ciudad oriental venezolana en la ambientación de los relatos de esta escritora constituye un elemento configurador del imaginario literario del Caribe Oriental Venezolano. Además, son ciudades atravesadas por la presencia simbólica del Mar: la playa, el río y la laguna, son los espacios donde acontece el hecho trágico o la resolución del fracaso existencial.

En “El río” (2011), Ernesto recorre las calles cumanesas en dirección al río. Desde la orilla del río espía a Lucía que lo ha abandonado. La rutina miserable a la que se ve condenado es una extensión de la soledad y el temor que siente al recorrer el espacio decadente:

Ernesto camina por la calle Comercio rumbo a la plaza Miranda, busca la calle Mariño hacia la ribera del río. No es un lugar agradable pero lo mueve la necesidad [...] debe renovar cada semana la caja del gato [...] Le teme al camino del río tanto como a la soledad. Avanza hacia la zona del parque Ayacucho y baja hasta la acera que bordea el malecón pestilente a desechos que la ciudad produce, multiplicados en carnes corrompidas, amarillas, como vísceras eliminadas hacia la cloaca que es el río (p.25).

La ciudad decadente y atemorizante, magnifica su miseria con este río lleno de inmundicia que no deja de estar a tono con el interior anímico de Ernesto. El río es frontera y guarida entre Ernesto y Lucía. Desde un extremo la observa y desde el otro, desde la venta de flores, se sabe observada. Este desencuentro acordado se mimetiza con la ciudad sombreada de robles. La presencia de los robles no es gratuita, son el símbolo y el vehículo de la lujuria nostálgica de Ernesto:

[...] Los robles de la plaza balancean con suavidad los troncos que se entrecruzan y Ernesto se detiene a escuchar el crepitar de las hojas que se estremecen desde lo alto [...] contempla cómo balancea sus caderas y sin querer se acuerda de los troncos de los robles que ha visto en la plaza...Cruza el parque en diagonal hacia la plaza Miranda. Los robles esta vez, están quietos pero Ernesto trae el balanceo de las caderas de Lucía entre los intersticios de sus costillas, en un lugar muy cercano a su corazón...Ernesto llega a su casa y abre la puerta...Recuerda las caderas de Lucía, la recuerda deshojando los tallos de las flores como él en ese momento se deshoja en movimientos acompasados...Comienza entonces a provocar los sonidos de los troncos de los robles, sonidos que le van haciendo crujir los dientes y el corazón (pp.25-27).

La ciudad caribeña también se ha caracterizado por su vegetación exhuberante. En "El río", los robles vehiculizan el deseo de Ernesto dando paso así a una alquimia ciudad-personaje. La ciudad decadente se

corresponde con la vida miserable del personaje abandonado y temeroso de la soledad. Esta correspondencia también se hace presente en “Fin de Juego”, otro de los relatos incluidos en *Un hombre difícil*. Esta vez, Ramírez es el personaje protagonista de la experiencia caribeña en la cual el misterio del asesinato de Lucía Cardiel. Dicha experiencia tiene como presencia omnipresente al río Manzanares:

El río que divide en dos la ciudad se convierte durante el mes de mayo en tan solo un charco de agua lodosa que corre lento hacia el mar. De cerca se percibe un olor de agua podrida, de fango espeso, de muerte. Desde el puente de la calle Mariño se ven unos hombres uniformados con bragas anaranjadas [...] También están entre ellos algunos voluntarios que obtuvieron permiso para participar en la búsqueda, Buenos nadadores, conocedores del río y del mar [...] Todos esperan ver cuando saquen el cuerpo de la mujer, hinchado y amoratado, lleno de una muerte de tres días. Del otro lado, en la plaza, el héroe en su caballo le da la espalda al río y al mar [...] La ciudad lleva ya dos días de conmoción luego de que se hizo público a través de los medios el asesinato de Lucía Cardiel (p.104).

El río ciudadano cobra relevancia en la percepción misma del personaje Ramírez, quien reflexiona sobre lo que significa este camino al mar y su microcosmos:

A su arribo a esta ciudad, veinte años atrás, le llamó la atención el mundo que se congregaba alrededor del río. Las ventas improvisadas de todo: flores, libros usados, la prensa del día, artículos domésticos, ropa barata, discos, películas, golosinas, comida. El río servía de desagüe de la basura que los hombres y mujeres producían en su entorno. Ahora había valido para tirar en él el cuerpo de una mujer joven que vendía flores en unos de los puestos cerca del antiguo mercado municipal (p.104).

La vida que acontece en torno y en el río es caótica como el mundo interior de Ramírez: abunda la improvisación, los desechos de la memoria, la sensación de estar sumergido en una cotidianidad mediocre, una existencia

menguada por la soledad que parecía multiplicarse en ecos de un entorno decadente a la vista, al olfato, a los oídos, a la gente y al mar: “Sale del edificio mientras una brisa que viene cruzando la calle trayendo los olores de un mar silencioso, le alborota la corbata que trae puesta desde la mañana” (p.111).

En la narrativa de Torres, el río es un camino al mar que funge de reservorio latente del mal que, sin embargo, a ratos ofrece un escape sensorial y con ello, la promesa de una nueva realidad. Ramírez, al salir del edificio, derrotado y seguro de que ha llegado su momento de “escapar a tiempo”, sale de lo que ha sido su vida en los últimos veinte años y el olor premonitorio que respira es el aire marino que presagia un giro del destino: “Un amor sosegado, un traslado de ciudad, algo que animara su vida anodina” (p.106).

Asimismo, en los relatos “Para que Chepa sepa que la queremos” (2011) y “Vigilia” (2011), volvemos a encontrar la presencia del mal líquido: la laguna del barrio “La Shell”, ubicado en la ciudad oriental Ciudad Bolívar, es el escenario donde la tragedia asecha agazapada en el fondo de la laguna:

Chepa era la hija mayor de Guillermo y Cundelina y vivían en el barrio La Shell, hacia el extremo norte de la única calle que moría a la orilla de la laguna de El medio [...] La boda se haría en mayo, cuando en Ciudad Bolívar apenas comenzaban las lluvias y los olores de la laguna no eran tan fuertes como para invadir las casas con su hedor a agua muerta, a fango pestilente que oculta los cuerpos de los animales que no sobrevivieron a la falta de oxígeno en el agua [...] Para los ramos de los bancos de la iglesia y el bouquet prefirió las margaritas. Simples y coloridas, sobre todo más accesibles a su poco presupuesto, el clásico jazmín siempre le recordaba el olor profundo y corrompido de la laguna [...] Cerca de la laguna están unos niños arrojando piedras al agua. Hay uno que lanza un anzuelo intentando pescar algo. Entre ellos también está Simón, que les dice que hoy no quiere arrojar piedras a la laguna.

Que prefiera sacar flores para su hermana. Trata de alcanzar con una vara unas matas de lirios que crecen sobre el agua. Se llaman boras, están en flor y hay muchas. Sin que los otros se percaten Simón se aleja en busca de unos lirios más grandes que están hacia el lado más profundo de la laguna [...] A él le gusta mucho que su hermana se case con Raúl. Le parece una buena persona y ella siempre se pone feliz cuando su novio llega a casa visitarla [...] Ella siempre está pendiente, por eso esta tarde ha querido llevarle de estos lirios, para que Chepa sepa que la queremos, y que todos estamos felices con su boda. En ese momento la vara se quiebra a la mitad y Simón cae al agua. Siente un filo que le atraviesa el pecho y no puede gritar pues ya se hunde entre el agua fangosa en la parte más profunda de la laguna (pp.27-31).

El irreversible final de Simón lleva la impronta fatídica de la laguna, su olor a muerte y sus flores. Esto se reafirma en “Vigilia”, relato en el cual se narran los hechos posteriores a la muerte de Simón, en vísperas de la boda de su hermana Chepa:

La ausencia del hijo muerto ha invadido el hogar, modificado las rutinas y convertido el trato en una sombra distante y sin apego, por eso sientes que junto al hijo has perdido también la vida [...] sientes que la muerte es una señora gorda que se instaló en un sillón de la sala para recordarte que tu existencia es ahora pobre y nunca más feliz [...] Recuerdas el día siguiente que lo pariste y que acompañada de tu marido lo trajiste a casa; a tus hijas, pequeñas para entonces, que te esperaban en la entrada con unas flores que habían sacado de la laguna. Siempre la laguna, dictaminas y crees que en ese instante te debería llegar la muerte. Pero no llega hasta a ti, debe estar sentada en la sala recordándote a prudente distancia lo infeliz que serás para siempre [...] Cuando cumplió dos años y tu esposo estaba en el trabajo y por primera vez lo dejaste mojar sus pies en la laguna y te reías extrañada de la sorpresa de él tan pequeño y sintiendo el agua densa y fría que le abrazaba los tobillos, recuerdas que él también reía extrañado. Cuando alcanzó los seis años no pudiste jamás controlar sus escapadas. Decía que le gustaba la laguna pues en ella había unos peces gordos que se podían coger con las manos, pues eran lentos en el nado. No sospechaste que era la muerte que lo acechaba desde entonces [...] sabías que era la muerte que se lo iba llevando hasta el fondo del agua, que a pesar de tu angustia y tus ruegos no llegarías a tiempo para sacarlo con vida. Que ahora por más que corrieras, te había ganado esa señora gorda que ahora está sentada en la sala recordándote lo culpable que serás para siempre [...] Cuando llegaste de primera a la orilla sin saber por dónde jugaba, supiste encontrarlo, no te impidió la

profundidad del agua sacar su cuerpo amoratado, herido en el pecho por una vara que lo cruzaba. En su cara el rastro de unos hierbajos tampoco te impidió ver que ya no había ni asombro ni sorpresa en su mirada vacía. Supiste entonces que la laguna se había tragado para siempre tu sueño y tu felicidad. Cuando sientes la mano que se posa en tu brazo y que te trae de vuelta de la laguna y al voltear tu cara hacia él hueles el olor a quemado de las hojas de guanábana, ves el humo que sale de la cocina, entiendes ahora que la señora gorda de la sala se ha marchado (pp. 33-35).

En “La vigilia”, la muerte es representada como una señora gorda que se sienta en la sala recordándole a Cundelina su infelicidad y su culpa. La laguna es el destino fatídico de su hijo, predestinado cual tributo de vida a la laguna desde sus primeras horas de vida. Los lirios de la laguna marcan el rastro de la muerte de principio a fin. El olor pestilente de la laguna es una premonición de la tragedia familiar.

Esta semiótica de la muerte que se desprende de la ciudad oriental atravesada por el río, la laguna y bordeada por el mar, en la narrativa de Torres es un elemento configurador del imaginario del Oriente Caribeño venezolano. En sus relatos, los hombres y las mujeres siempre miran al mar y éste, opera como una voluntad inexorable en sus destinos.

En “Viajera del Mar” (2013), título que recuerda al de *Viajera del río*, canción típica del estado oriental Bolívar y que canta los lirios del río, las boras fatídicas que presagian la muerte de Simón en “Para que Chepa sepa que la queremos”, encontramos a Bruna, personaje cuya existencia desmemoriada gira en torno al bordado, la espera frustrada y las palabras que acuden a ella como huellas indelebles del suceso fatal que la condenó a una existencia monótona y solitaria:

En Manicuare todos los hombres miran al mar. Es por eso que lo llevan coloreado en la mirada. En cambio, los surcos que cruzan su cara y la piel de sus manos, son las huellas del vuelo de una gaviota. Altos, erguidos, como una raza de gigantes, Siempre hacia el mar, como esperando un barco, un olvidado amor, una palabra. Bruna se sabía de memoria estas palabras. Le venían a la mente mientras regaba un helecho, daba una puntada en una labor, o simplemente cuando sentada, se mecía en medio de la penumbra del patio interior de su casa[.] Sabía que su nombre era completo era Bruna Lével Serra, que esta era su casa, que estas eran sus matas y aquellos sus pájaros; que le gustaban las labores de tejido y en especial, las de bordado, pero que había olvidado, irremediablemente, quién era el autor y por qué razón las mutiplicaba sin medida, en paños de lino blanco crudo [...] el organdí del mar, que se acerca y se retira en suaves ondas, intenta mojar el organdí del vestido de la niña que se ha descalzado los zapatos de tela y se ha quedado en medias. Saca una pierna por la orilla del bote y cuando observa que el mar nuevamente se retira, se lanza a la arena con la picardía de quien trata de ganarle la carrera. La madre también sale del bote, pero no se fija en que su hija, sin percartarse, ha tirado el pañuelo que traía atado a la cintura de su vestido. Cuando ambas van subiendo los escalones de cemento, las recibe el olor profundo de la mata de jazmín que franquea la puerta de la entrada de la vivienda [...] De pronto la niña busca en la cinta de su vestido el pañuelo que ha prendido a él. *Mira hacia el mar.* Como esperando verlo flotar sobre el agua [...] De regreso, la madre y la hija parten antes de las tres de la tarde. El bote las ha esperado a la hora y en el lugar convenido. Van cargadas. En una canasta llevan unos bordados y unos dulces que han elaborado las muchachas [...] La madre le dice a la niña que se cubra la cabeza con el sombrero que está en el fondo de la cesta y que se proteja el cuello y parte de la cara con el pañuelo. La niña confiesa que lo ha perdido La madre le ofrece el suyo. Cuando están en medio del mar, cuando han alcanzado el punto intermedio entre la península y la orilla de la playa frente a la ciudad, la niña siente que el sol se le mete por los ojos borrando toda visión. Lejos escucha la voz de su madre, lejos su grito, ahogado en la garganta, lejos el paisaje de la costa, lejos ambas orillas [...] siente de golpe el calor de un sol iracundo, siente a su vez una brisa que le golpea la cara zafándole el pañuelo que sostenía pegado a su cuello. Mira sobre ella a la mujer que trata de reanimarla humedeciendo sus labios reseco con un poco de agua. Mientras por su nombre la llama, la mujer sigue mojando sus labios con agua. Siente entonces sobre su rostro los estragos que le produce un soplo ardiente y violento, siente también la soledad. Trata de apartar las manos de su madre que intentan protegerla mientras le pide al hombre que conduce el bote que se de prisa en alcanzar la orilla. La niña entonces se aferra al cuerpo de su madre, se pega a su vestido, a su voz [...] No quiere volver a escuchar las campanadas de las tres de la tarde en esa casa donde se queda sola para siempre [...] No quiere que se repitan en su mente esas palabras que para nada reconoce (pp.40-43).

Bruna Limoti, ha mirado al mar cuando la brisa le arrebató su pañuelo. Este gesto premonitorio de su destino desmemoriado y cerca del mar. También está impregnado del olor del jazmín, el mismo que aborrece Chepa por recordarle las boras de la laguna y le hace elegir margaritas para su truncada boda. Las palabras que vienen a su mente reafirman que en Manicuare todos los hombres *miran al mar*, y ya veremos como este gesto de mirar al mar es común en varios personajes cuyos destinos sin salida se fraguan en el Oriente caribeño venezolano en el que ambientan los relatos de Torres.

En “El mismo mar contra la noche” (2022), nos volvemos a encontrar a la Bruna de “Viajera del Mar”. Su destino, su existencia misma ha sido un tributo al mar y al oficio que la resguardó mientras trabajó como leedora en la fábrica de tabaco:

Me llamo Bruna Limoti y es el único nombre que acepto, aunque a otros les ha dado por llamarme loca. Antiguamente fue leedora en una fábrica de tabacos que se encuentra en tierra firme [...] cada faena realizada al pie de la letra, abría mi comprensión hacia las cosas que resultaban de mi interés, como era el caso expreso del mar. Así supe que sus incandescentes y numerosos colores, vivos y hondos, se originaban en la intensidad del sol agobiante [...] Pero una desobediencia natural en mí, cultivada desde niña, me hizo retrasar lo más que pude el encuentro con mi destino. Entretanto leía con dedicación historias escritas para mí [...] Lo único que interrumpía mi lectura, a media mañana o a media tarde era, eran las campanas de la iglesia cercana, cuando tocaban a muerto mientras séquitos caminantes acompañaban a difuntos, para consumir una despedida dentro del cementerio, en las afueras de aquella ciudad. Al finalizar, recogía en una pequeña maleta de cuero los libros de turno y me disponía a atravesar la plaza, contando que los pájaros negros que anidaban en los robles no acudieran a picotear mi cabeza, como acostumbraban. Tuve que empezar a defenderme de los furiosos pájaros y esto hizo que, por alguna razón, la gente a mi alrededor comenzara a creer que mi cordura se marchitaba, que cedía bajo la copa de aquella pámela de fibra y cañamazo a la que

recurrí para mi protección. Ya me habían echado de la fábrica donde por años trabajé como leedora y en ninguna casa de alquiler querían recibirme[...] fue entonces cuando una mañana me encontré en el puerto *mirando hacia la península*[...] Ahora recojo plumas y caracoles vacíos en los que puedo escuchar, en vez del mar, las historias que ya nadie relata y que yo atesoro [...] Por eso, a veces, cuando me envuelve la oscuridad y no me duermo, vuelve a mí, en forma de pájaro, un recuerdo incierto y tembloroso que me cuenta historias del mismo mar contra la noche (pp.11-15). (Cursivas nuestras).

Mirar hacia la península, en dirección al mar, es el preámbulo del destino inexorable al que Bruna Limoti parecía condenada desde su infancia. De hecho, en la narrativa de Torres, mirar al mar es un gesto constante en sus personajes cuyas vidas, de una forma u otra son tocadas por la desgracia o el fracaso. Bruna Limoti mira dos veces al mar: cuando niña, al perder su pañuelo y ya siendo una mujer de cordura vencida por un sino implacable que la condena a la soledad, al mirar a la península.

En “Espérame en Venecia” (2010), el mar es signo de mal agüero de la tragedia que está por ocurrir una tarde calurosa cumanesa:

EL DÍA DEL TEMBLOR había transcurrido lento y pesado como un saco de plomo comprimido. En el aire se podía respirar un olor ácido como de fruta podrida. Lo extraño fue que nadie reparó en la ausencia de pájaros entre las ramas de los árboles de la plaza [...] Lo que sí fue del dominio público o por lo menos de los que vivían frente al golfo fue *de cómo el mar cambió a un color turbio y oscuro y se fue retirando, descubriendo las piedras en su fondo, como si alguien levantara suavemente la orilla de su vestido de organdí*[...] cuando las paredes de la casa comenzaron a estremecerse se escuchó un ruido intenso y grave que brotaba desde las profundidades de la tierra a nuestros pies[...] el calor intenso de las cuatro de la tarde dio paso a una brisa fina y gélida que hacía sudar nuestros cuerpos y pegarnos la ropa al miedo intenso que subía desde nuestras piernas hasta nuestros corazones [...] Fue tan solo cuando sentado en la plaza, me di cuenta de que en la rama de los

árboles, no estaban los pájaros negros, con un dejo de tristeza pétrea dibujado en tu cara, cuidando a tu madre y *mirando por la ventana hacia el mar* (pp.57-51). (Cursivas nuestras).

El cambio del color del mar es el presagio de la desgracia que va a acontecer horas más tarde ese día. Pero no es solamente el evento sísmico lo que acontece y determina la vida de los personajes, De manera simultánea, asistimos a un desenlace inesperado ya que un giro del destino trunca la oportunidad de viajar a Italia de la ganadora de la beca. La primera vez, antes del sismo, para el personaje narrador, que queda en el sexto lugar de la selección nacional para la beca; y la segunda, para la quinta seleccionada quien pierde la oportunidad ganada porque debe quedarse cuidando a su madre infartada, que termina dirigiendo su mirada hacia el mar, desde la ventana. La transferencia de destinos parece obra de la fatalidad del día. La presencia del mar es un indicador del miedo, de la incertidumbre y del fracaso.

Este gesto de mirar al mar en los personajes de la narrativa de Torres, traza una especificidad que imbrica al mar con la existencia misma de los personajes de tal forma que la omnipresencia del mar se convierte en fatum, es decir, en destino. Así, podemos afirmar que la ciudad caribeña, siempre vinculada al mar, es una constante en estos relatos.

Destinos sin salida al mar

Si el personaje que pierde la beca en *Espérame* en Venecia termina mirando por la ventana hacia el mar, en "Mala Espina" (2011), el personaje Rosaura inicia el relato mirando desde la ventana:

Rosaura lava los platos del desayuno mientras *mira por la ventana que da hacia la costa de Cumaná*, unos botes que se dirigen hacia Punta Arenas o hacia Araya. La preocupación que siente por la ausencia del marido crece cada vez más al ritmo que transcurren las horas. Hace cinco días que partió en un bote para la pesca en alta mar [...] Más allá del infortunio que esto ha traído para su familia, Rosaura se levanta temprano para hacer el desayuno de los muchachos antes de que se vayan a clases. Luego de que lo hacen se queda esperando a la orilla de la playa, deseando ver venir de vuelta el bote de Manuel. *Parada frente al mar, esperando* [...] Frente a la casa, a la orilla del mar, están unos palos donde su marido solía amarrar el bote. Los arranca con sus manos. Brota sangre de sus uñas, pero Rosaura no siente dolor. Cuando ha logrado sacarlos, uno a uno, los traslada sobre sus hombros hacia la parte de atrás de su casa, hacia el cerro. Con un pico cava un hueco en la tierra dura y seca y arcillosa de Manicuaire [...] Con los palos que ha sacado arma una cruz y la entierra también en el hoyo que ha cavado. Tapa todo con la tierra removida y la apisona con los pies [...] bañada en sudor, sin darse cuenta que las lágrimas que se le mezclan con los chorros que le corren desde la frente, se dirige hacia la casa. Monta un café en la cocina que no se llevará, *mientras mira detenidamente por la ventana hacia el mar*.(pp.61-65) (cursivas nuestras).

Esta mirada al mar que es mensajero cruel del destino, es la misma de Valeria en “El Canto de la Salamandra” (2011), después de la tragedia natural en la que pierde a su esposo: “Valeria sale al balcón con una taza de café [...] Mira hacia el mar, que por la hora luce tranquilo, todavía dormido. Mira unos botes que regresan de la pesca nocturna y avanzan con lentitud hacia la playa de Caigüire (p.79).

La mirada al mar se convierte en el referente que inicia y termina la serie de eventos desafortunados y comunes a los personajes de “Espérame en Venecia” y “El canto de la Salamandra. También, fue el signo del infortunio en

la vida de Bruna Limoti, Todas miran al mar, todas sellan su destino entre las calles de la ciudad oriental y el horizonte caribeño venezolano. Sobre ellas, Oviedo (2019) señala:

Casi ninguna mujer es en estos callejones dueña de su propia vida. Cuando creen tener el control, se desata la tragedia. La soledad, la imposibilidad de una alegría o una paz duraderas, signa sus historias. Y una no quiere dejarlas, quiere que no se terminen, sigue leyéndolas después de cerrar el libro (s/n).

La narrativa del fracaso se manifiesta en la esperanza fallida, la vida truncada, el giro inesperado y fatídico que trastorna la existencia de los personajes y define un imaginario literario en el cual todos coinciden en la ciudad trampa y en los destinos sin salida al mar.

BIBLIOGRAFÍA

Directa:

Poreda, Doris (2009) **Divago Mundi**. Cumaná: Publicaciones de la Universidad de Oriente. Núcleo Sucre.

_____ (2013) **Wörter. El paraíso prestado**. Caracas: Fundarte

Torres, Esmeralda (2010) Cuentos de última noche. Caracas: Fondo Editorial Fundarte.

_____ (2011) El Canto de la Salamandra. Colección Bienales. Serie Ramón Palomares, narrativa. Caracas. Fundación Casa Nacional de las Letras Andrés Bello.

_____ (2011) Un hombre difícil. Caracas: Fondo Editorial Fundarte.

_____ (2009) Callejones sin salida. Caracas: Monteávila Editores.

_____ (2021) El libro de los tratados. Caracas: Fondo Editorial Fundarte.

Indirecta:

Arfuch, Leonor (2002) **El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bachelard, Gaston (2019) la poética de la ensoñación. México.F.C.E.

Barthes, Roland (1969) "El efecto de lo real". En: VVAA. **Realismo ¿mito, doctrina, o tendencia histórica?** (Traducción: González, María y Greta Rivas) Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.pp.133-134.

Birulés, Fina (1996) Del sujeto a la subjetividad. En: Manuel Cruz (Comp.) Tiempo de Subjetividad. Barcelona, Paidós Ibérica.

Boadas, Aura Marina (2004) "Una aproximación comparatística a las literaturas caribeñas". En: Molina Molina, Juan (prólogo y comp). **Asedios y Convergencias**. II Encuentro de Investigadores de Literatura Venezolana y

Latinoamericana (Mérida, 11, 12 y 13 de diciembre 2001). Mérida: ULA, 2004. pp. 41-52

Bourdieu, Pierre (1984) Campo intelectual y Campo del Poder. Buenos Aires: Folios.

Castoriadis, Cornelius (1997) El imaginario social instituyente. En. Zona Erógena N° 35. Traducción del francés: Luciana Voles. En: [http:// www.educ.ar](http://www.educ.ar)

Cruz, Manuel (1996) Introducción: ese extraño problema que nos constituye: En: Manuel Cruz (Comp.) Tiempo de Subjetividad. Barcelona, Paidós Ibérica.

Durand, Gilbert (2000) Lo imaginario. Barcelona: Ediciones del Bronce.

Gadamer, Hans-George (1997) **Actualidad de lo bello**. Barcelona: Paidós Ibérica.

Gadamer, Hans-George (1999) **Verdad y Método**. Tomo I. Ediciones Sígueme Salamanca.

Gasca, Eduardo (2019) Presentación. En: **Callejones sin salida**. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

González Rey, Fernando. (2008). Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales. *Diversitas*, 4(2), 225-243. Recuperado em 06 de maio de 2022, de <http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php>.

Hall, S. y Du Gay, P (Coords.) (2003) **Cuestiones de identidad cultural**. Buenos Aires: Amorrortu.

Jay, Martin (2009) **Cantos de Experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal**. Buenos Aires: Paidós.

Larrosa, Jorge (2000) **Pedagogía Profana. Estudios sobre lenguaje, subjetividad y formación**. Buenos Aires: Ediciones Novedades Educativas.

Larrosa, Jorge (2000) **Tecnologías del Yo y Educación. Notas sobre la construcción y mediación pedagógica de la experiencia de sí**.

León, Elizabeth (2012) **Lectura del texto-lectura de la realidad hacia la resignificación de la formación del sujeto**. Tesis Doctoral. Cumaná: UDO.

López, Magdalena (2015) Failure: A Conceptual Proposal to Rethink the Caribbean. Fracaso: una propuesta conceptual para repensar lo caribeño. En: **Sujetos y subjetividades en el Caribe hispano (Monográfico)** En: Revista *Mitologías hoy*. Coords. María Teresa Vera- Rojas y Fernanda Bustamante Vol. 12, invierno 2015.

Lynch, K. (1992). **La administración del paisaje**. Grupo editorial Norma, Colombia.

Molina, Simón (2009) Venezuela y la gran Cuenca del Caribe. Capítulo 78. En: **Geoestrategia e Integración**. Tomo 9. Capítulo 78. Colección Geo Venezuela. Venezuela. Caracas: Fundación Empresas Polar.

Oviedo, Ana María (2019) Esmeralda Torres: “Callejones sin salida que pueblan mujeres difíciles”. En. Madriguera. Revista Literaria. N° 11, dic 2019. Caracas: Ediciones Madriguera.

Pacheco Oropeza, Bettina. (2007). El mar Caribe en dos escritoras venezolanas. *Argos*, 24(47), 42-50. Recuperado en 06 de mayo de 2023, de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0254-16372007000200005&lng=es&tlng=es

Platón (1980) **La República o El estado**. Versión nuevamente revisada de: Patricio Azcárate. Madrid: EDAF.

Perus, Francoise (1999) Aproximación metodológica a la literatura caribeña. En: Emeterio y Di Donato (Comp) El caribe en su literatura. AVECA. Publicaciones CONAC: Caracas

Rebok, María (2008) “Educación o la dimensión inquietante de la filosofía”. En: Casalla, María Y Casalla Mario (Comp.) **Pensar la educación. Encuentros y Desencuentros**. Buenos Aires: Altamira.

Ricoeur, P. (1999). “La identidad narrativa”. En: **Historia y Narratividad**. Barcelona: Paidós.

Ricoeur, Paul. (2001) **La metáfora viva**. Madrid: Trotta.

Ricoeur, Paul (2005) **Caminos del reconocimiento**. Madrid. Trotta.

Savater, Fernando (2002) **La infancia recuperada**. Madrid: Taurus.

Skliar, Carlos (2017) “Alteridad y Literatura: una cuestión de soledad y de individuos”. En: Currículo sem fronteras, v.17, n.2, p.234-247, maio-agos,2017

Solares, Blanca (2006) **Aproximaciones a la noción de Imaginario**. *Rev. mex. cienc. polít. soc* [online]. 2006, vol.48, n.198, pp.129-141. ISSN 0185-1918.

Sorhegui, Arturo (2010) En: Ensayos históricos. Anuario del Instituto De Estudios Hispanoamericanos. Vol. 22. Num. 22. Saber UCV,revistas.

Vargas, Raquel (2018) Los imaginarios sociales y la territorialización cultural. En: FERMENTUM, Revista Venezolana de Sociología y Antropología, VOLUMEN 28, AÑO 2018, NÚMERO 81, ENERO-ABRIL, ISSN 07983069, Editada por el HUMANIC de la ULA, Mérida, Venezuela, www.saber.ula.ve/fermentum

Vilard, Gerard (1996) La identidad y la práctica. En: Manuel Cruz (Comp.) **Tiempo de Subjetividad**. Barcelona, Paidós Ibérica.

White, Hayden (1992) **El contenido de la forma**. Barcelona: Paidós.

Williams, Raymond (1980) **Marxismo y Literatura**. Barcelona: Península.

Zambrano, Armando (2007) **Formación, Experiencia y saber**. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio. Buenos Aires: Nueva Visión.

METADATOS

Hoja de Metadatos para Tesis y Trabajos de Ascenso – 1/6

Título	APROXIMACIÓN AL CARIBE ORIENTAL VENEZOLANO EN CLAVE FORMATIVA: LITERATURA, NARRATIVA DE SÍ Y SUBJETIVIDAD DESDE LAS NARRATIVAS DE ESMERALDA TORRES Y DORIS POREDA
Subtítulo	

Autor(es)

Apellidos y Nombres	Código CVLAC / e-mail	
LISTA CORASPE, CAROLINA DEL VALLE	CVLAC	13220536 (Cédula)
	e-mail	CADEVALI28@GMAIL.COM
	e-mail	
	CVLAC	
	e-mail	
	e-mail	
	CVLAC	
	e-mail	
	e-mail	

Palabras o frases claves:

Formación, Literatura, Subjetividad, Narrativa, Narrativa de sí, Caribe Oriental Venezolano.

Hoja de Metadatos para Tesis y Trabajos de Ascenso – 2/6

Líneas y sublíneas de investigación:

Área	Sub área
HUMANIDADES Y EDUCACIÓN	Filosofía y Letras

Resumen (abstract):

Leer en clave formativa la producción narrativa de Doris Poreda y Esmeralda Torres es el interés principal de la presente investigación. Para ello, desde una visión transdisciplinaria que dialoga con las categorías formación, literatura, subjetividad y narrativa de sí, se abordará las especificidades constitutivas del corpus narrativo de estas autoras que dan cuenta de un imaginario literario del Caribe Oriental Venezolano. Se asumirá la literatura como trans-saber, es decir, como acontecimiento de alteridad y palabra- promesa de la formación. Desde estos espacios discursivos emergentes, el ejercicio hermenéutico-crítico proporcionará el piso teórico-crítico desde el cual se reflexionará sobre la lectura en clave formativa del sujeto lector como intérprete del mundo que le es referente. Asimismo, se propondrán algunos fundamentos teóricos para la configuración de un imaginario caribeño oriental venezolano. Finalmente, tendrá lugar la lectura, en clave formativa, de un corpus narrativo (2009-2021), de las escritoras ya mencionadas, que dará cuenta de un imaginario literario caribeño oriental venezolano, atravesado por una *narrativa de sí* articulada desde una experiencia vital de apropiación literaria del oriente caribeño venezolano.

Hoja de Metadatos para Tesis y Trabajos de Ascenso – 3/6

Contribuidores:

Apellidos y Nombres	ROL / Código CVLAC / e-mail		
	ROL	C A	<input type="checkbox"/> A S <input checked="" type="checkbox"/> T U <input type="checkbox"/> JU
	CVLAC		
	e-mail		
	e-mail		
	ROL	C A	<input type="checkbox"/> A S <input type="checkbox"/> T U <input type="checkbox"/> JU <input checked="" type="checkbox"/>
	CVLAC		
	e-mail		
	e-mail		
	ROL	C A	<input type="checkbox"/> A S <input type="checkbox"/> T U <input type="checkbox"/> JU <input checked="" type="checkbox"/>
	CVLAC		
	e-mail		
	e-mail		

Fecha de discusión y aprobación:

Año Mes Día

--	--	--

Lenguaje: SPA _____

Hoja de Metadatos para Tesis y Trabajos de Ascenso – 4/6

Archivo(s):

Nombre de archivo	Tipo MIME
T.A. listacdoc	Application/word

Alcance:

Espacial: _____ (Opcional)

Temporal: _____ (Opcional)

Título o Grado asociado con el trabajo:

Trabajo de Ascenso para la categoría Asociado

Nivel Asociado con el Trabajo: Profesor Asociado

Área de Estudio: Literatura

Institución(es) que garantiza(n) el Título o grado: Universidad de Oriente

Hoja de Metadatos para Tesis y Trabajos de Ascenso – 5/6



UNIVERSIDAD DE ORIENTE
CONSEJO UNIVERSITARIO
RECTORADO

CUN°0975

Cumaná, 04 AGO 2009

Ciudadano
Prof. JESÚS MARTÍNEZ YÉPEZ
Vicerrector Académico
Universidad de Oriente
Su Despacho

Estimado Profesor Martínez:

Cumplo en notificarle que el Consejo Universitario, en Reunión Ordinaria celebrada en Centro de Convenciones de Cantaura, los días 28 y 29 de julio de 2009, conoció el punto de agenda **"SOLICITUD DE AUTORIZACIÓN PARA PUBLICAR TODA LA PRODUCCIÓN INTELECTUAL DE LA UNIVERSIDAD DE ORIENTE EN EL REPOSITORIO INSTITUCIONAL DE LA UDO, SEGÚN VRAC N° 696/2009"**.

Leído el oficio SIBI – 139/2009 de fecha 09-07-2009, suscrita por el Dr. Abul K. Bashirullah, Director de Bibliotecas, este Cuerpo Colegiado decidió, por unanimidad, autorizar la publicación de toda la producción intelectual de la Universidad de Oriente en el Repositorio en cuestión.



Comunicación que hago a usted a los fines consiguientes.

Cordialmente,

JUAN A. BOLANOS CUMVELO
Secretario



C.C: Rectora, Vicerrectora Administrativa, Decanos de los Núcleos, Coordinador General de Administración, Director de Personal, Dirección de Finanzas, Dirección de Presupuesto, Contraloría Interna, Consultoría Jurídica, Dirección de Bibliotecas, Dirección de Publicaciones, Dirección de Computación, Coordinación de Teleinformática, Coordinación General de Postgrado.

JABC/YGC/maruja

Apartado Correos 094 / Telfs: 4008042 - 4008044 / 8008045 Telefax: 4008043 / Cumaná - Venezuela

Hoja de Metadatos para Tesis y Trabajos de Ascenso- 6/6

Artículo 41 del REGLAMENTO DE TRABAJO DE PREGRADO (vigente a partir del II Semestre 2009, según comunicación CU-034-2009) : “los Trabajos de Grado son de la exclusiva propiedad de la Universidad de Oriente, y sólo podrán ser utilizados para otros fines con el consentimiento del Consejo de Núcleo respectivo, quien deberá participarlo previamente al Consejo Universitario para su autorización”.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Carolina Lista', written over two horizontal lines.

CAROLINA LISTA
AUTOR